

TERMINA

The book cover is in a state of extreme disrepair, with a network of white cracks and tears across the entire surface. The background is a collage of various images. At the top, the word 'TERMINA' is printed in large, pink, blocky letters. Below it, on the left, is the author's name 'Lee Doogan' in a black, serif font. The central part of the cover features a collage of images: a woman with long blonde hair in a blue top, a man in a blue shirt, and a penguin. At the bottom, the title 'TREDUEMI A MEIANOCHE' is printed in large, red, blocky letters. The overall aesthetic is that of a vintage, possibly pulp or horror, book cover that has been severely damaged over time.

Lee
Doogan

TREDUEMI A MEIANOCHE

REQUIEM A MEDIANOCHE

Lee Doogan

EDITORIAL ANDINA, S. A.

© LEE DOOGAN Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID) Director
responsable:

Gregorio Ovejero.

I S. B. N. 84-06-03548-X

Depósito legal: M. 21.160 - 1982

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

PRINCIPIO

TENIA yo nueve años cuando comenzó mi parte activa en la presente historia. Es obvio que las luces de mi memoria son ahora demasiado débiles para poder leer con toda exactitud los hechos a los que voy a referirme. Pero, a pesar de ello, me esfuerzo en ahondar las tinieblas de los recuerdos para ahora comprender escenas y palabras que entonces, niño de corta edad, no podía entender. Tengo que decir que mi nombre es Raúl y he heredado el apellido de mi padre, Destriex. De mi madre no conservo recuerdo alguno porque, según me dijeron, murió al nacer yo. Es decir que pagó con su vida la mía.

Esa es, al menos, la historia que me contaron en el orfelinato. Y digo orfelinato porque el destino, la suerte, o los designios de los dioses, hicieron que mi padre muriera cuando yo contaba dos años, de modo que como no se presentó ningún familiar para cuidar de mí, y carente de bienes, fui a parar al orfelinato del Estado.

No creo necesario ahondar en lo que es la vida de un niño en una institución de esta clase. El tiempo fue pasando, me enseñaron a leer y escribir y cuando contaba nueve años ocurrió el suceso que me iba a marcar con su significado durante toda mi existencia.

Se trató, simplemente, que fui adoptado por un caballero que visitaba frecuentemente el orfelinato. Se trataba de un hombre ya de edad, a quien le faltaba la pierna derecha. He aquí que su rostro sí que es algo que recuerdo muy bien; enjuto, había bondad en sus ojos pero en ambas comisuras de la boca se marcaban unas arrugas que hablaban de una cierta amargura interior. Puedo decir que llegó el día en el que supe a qué era debida aquella amargura.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —me preguntó con voz suave.

—Raúl, señor.

—¿Y tu apellido?

—Me dicen que es Destriex, señor.

—Ya. ¿Eres feliz aquí, Raúl?

—No, señor...

Me miró fijamente a los ojos.

—Vamos a ver, Raúl. Si yo te saco de aquí ¿me prometes obedecerme en todo, sea bueno o malo lo que te ordene, seguro o

peligroso, y que pondrás en ello toda tu fuerza y todo tu corazón, sin discutir jamás esas órdenes que yo te dé?

Sentí como se me formaba un nudo en la garganta.

—Sí... sí... señor.

Yo hubiera prometido cualquier cosa, con tal de salir del orfelinato. Abandonar el sombrío caserón merecía acceder a lo que fuese. Quería dejar atrás los castigos y el hambre. ¡Cuántas veces, temblando de miedo, había aprovechado que la cocina quedaba sola para ir allí a robar un pedazo de pan! Muchos de mis compañeros, los más débiles, enfermaban y desaparecían. Entonces, las educadoras nos decían «que se habían ido al cielo». Y yo, en mi inocencia, pensaba que también a mí me gustaría que el buen Dios me llevase al cielo, porque allí al menos, comería lo que mi robusta naturaleza exigía a gritos. Cuando comprendí que la única forma de salir de allí era mediante la adopción, hice todo lo posible por encontrarme presente cuando llegaban señoras o caballeros, con la intención de adoptar a uno de nosotros. Pero las educadoras, no sé por qué, siempre me echaban a empujones y mostraban a otros niños. Decían que yo era un rebelde y que pagaba con ingratitud sus desvelos por enseñarme y hacer de mí un hombre de bien. Y hubo también castigos; alguna que otra vez fui azotado, pero me tragué las lágrimas y de mis labios no brotó ni una sola queja.

Por eso prometí todo cuando quiso el «hombre cojo». Le llamaré así porque por entonces yo todavía no conocía su nombre y apellidos. Y él me dijo que aguardara con paciencia, que no tardaría en venir a buscarme.

A primeras horas de la tarde siguiente, las educadoras vistieron a unos cuantos niños con su mejor ropa, peinándoles cuidadosamente. Aquellos datos me demostraron que alguien iba a venir en busca de uno de nosotros e, inmediatamente, pensé en el «hombre cojo». Mi desilusión fue muy grande cuando fui apartado a un lado, lo que quería decir que yo no estaba entre aquellos que iban a ser mostrados al visitante para que pudiera elegir aquel que más le gustase.

—Tú, no —me empujó una educadora—. Serás mostrado a las visitas cuando sepas agradecer todo lo que se hace por ti. No queremos proporcionar a nuestros benefactores una bestezuela salvaje como tú. ¡Vete!

Yo sabía que el «hombre cojo» venía en mi busca. Me lo había prometido y yo estaba seguro de que no era persona capaz de violar una palabra dada.

Para mi suerte, el tiempo que gané luchando con la educadora para no abandonar la habitación, dio lugar a que en la misma

entrara el «hombre cojo».

—¡Ah! —le oí exclamar—. Parece que lo han adivinado ustedes. Este es precisamente el niño que deseo.

Vi como se dibujaba un gesto de disgusto en la cara de la educadora.

—Monsieur Berry, no lo dirá usted en serio. Ese niño no es, en modo alguno, digno de ser adoptado por un caballero como usted. La mayor parte de nuestros niños provienen de hogares cristianos en los que la desdicha se ha cebado. Pero éste, no... Este, monsieur Berry, proviene del pecado...

—¿Por qué dice usted eso, madame Claudin?

—Verá usted, monsieur Berry. Cuando esta criatura contaba dos años, nos la trajo un hombre que alegó ser su padre, pero al que la miseria le impedía cuidar de él. Dijo que su madre había muerto al nacer el niño. Nos quedamos con él y desde entonces jamás hemos vuelto a tener ni una sola noticia de aquel hombre, lo que nos hace suponer que mintió al informar que era su padre. Como nos informó que su apellido era Destriex, ese fue el que le dimos... Seguramente se trata de un dato falso.

—Muy bien —dijo el «hombre cojo»—. Todo eso no me importa. Insisto que éste es el niño que deseo adoptar. Este y ningún otro.

Pronunció las palabras con fría determinación. La educadora casi no podía creer lo que estaba oyendo. Había hecho todo lo posible para desanimarle y el visitante insistía en su pretensión. Fue aquel instante el crítico en mi vida, porque me juré a mí mismo ser fiel al «hombre cojo» con toda mi alma y mi corazón. Fue una escena que quedó grabada para siempre en mi mente; la educadora con cara de disgusto y el visitante tranquilo, dispuesto a salirse con la suya.

—Debo rogarle que lo piense, monsieur Berry —dijo la educadora—. Nuestras obligaciones no se basan solamente en el cuidado de los niños a los que cuidamos, sino también hacia aquellos que desean adoptarlos. Insisto en que este niño únicamente le proporcionará disgustos. Es hijo de mala sangre.

—Bien, madame —se impacientó el «hombre cojo»—. Ya le he hecho saber mi decisión. Soy bastante conocido en la ciudad donde gozo de una fama respetable y cuento con la suficiente fortuna para garantizar el bienestar del niño.

—¡Es un hijo del pecado! —chilló la educadora—. ¡El demonio tuvo bastante que ver en su nacimiento!

El «hombre cojo» la obsequió con una dura mirada.

—En lo sucesivo, guárdese mucho de expresar opiniones semejantes en mi presencia, madame. A partir de este momento,

este niño es mi hijo.

Así fue como abandoné el orfelinato.

Ya en la calle, el «hombre cojo» me tomó por la mano, haciéndome avanzar hasta un gran automóvil estacionado ante la puerta del orfelinato. El chófer, un negro gigantesco, se apresuró a abrir la portezuela trasera para facilitar nuestra entrada en el vehículo.

—A casa, Sam —ordenó el «hombre cojo».

La casa de mi padre adoptivo era un hermoso edificio de dos pisos, rodeada por un bonito jardín. El interior, por lo que pude ver en un primer examen, estaba amueblado casi con lujo y los muebles parecían de alto precio. Me fijé en otro detalle; el salón donde estábamos mostraba sus paredes cuajadas de cuadros. Todos ellos eran retratos de bellas mujeres y severos caballeros.

—Hasta mañana no seremos padre e hijo, Raúl —me dijo el «hombre cojo». Será cuando el juez firme los papeles. Pero tú, si lo deseas, ya puedes llamarme padre. ¡Ah, mi nombre es Simón... Simón Berry.

—Sí, padre —contesté y vi como su rostro se animaba al oírme.

—Esa puerta siempre la encontrarás cerrada —me señaló una que se abría en una pared lateral—. Puedes recorrer la casa en toda su extensión, pero nunca intentes penetrar en ese cuarto. Recuérdalo... Jamás.

Asentí con la cabeza.

—Sam se encarga de cocinar y las cosas de la casa —siguió diciéndome Simón—. Es la única servidumbre que tengo. Cualquier cosa que desees, no estando yo, puedes pedírsela a él.

Como había oído llamar por aquel nombre al negro que conducía el automóvil, di por sentado que mi nuevo padre se refería a él.

—Bien, ahora debo salir, Raúl. La casa entera queda a tu disposición. Volveré para la hora de la cena.

Cuando se marchó y quedé solo, me dediqué a explorar toda la casa. En el piso superior existía una habitación que, de inmediato, supuse era el dormitorio de Simón. Aparte de la cama, vi unas estanterías repletas de libros. Había también algo que, de inmediato, llamó mi atención; un órgano y, sobre una mesita, gran cantidad de papeles de música. Sin duda, aquélla era la afición de mi nuevo padre.

Volví al salón, fijando la mirada en la cerradura de la habitación prohibida. La verdad es que no pude resistir la curiosidad y, sin pensarlo dos veces, me aproximé, pegando el ojo a la abertura de la llave. No era mucho lo que podía verse de aquella estancia, pero sí lo suficiente para que me echara atrás,

estremeciéndome de miedo.

Allí dentro había un hombre sentado, muy alto y quieto. Pude ver una cara lívida y, lo que más susto me causó, estaba encadenado a la pared. Pensé que quizás era un muerto que nunca fue enterrado, o el cuerpo de alguien a quien Simón había matado y escondido a la policía. De repente recordé que mi nuevo padre tenía unos ojos muy brillantes y extraños.

Entre temblores, me asaltó el pensamiento de que Simón acaso me había llevado a aquella casa para matarme. Pero no; de haber tenido esa intención no me hubiera hecho prometerle que, cuando fuera hombre, cumpliría fielmente las órdenes que él me diera. Ahora bien; a lo mejor me adoptó para que le ayudara a matar gente e ir escondiendo los cadáveres en la habitación prohibida. Era lo más probable. Pero ¿qué ganaba Simón asesinando gente y escondiendo los cadáveres? Además, si ya estaban muertos ¿para qué los encadenaba a la pared?

Eran demasiadas preguntas para que yo encontrase las adecuadas respuestas.

El caso fue que pasé el tiempo que quedaba de tarde sumido en el terror, reflexionando si no hubiera sido mejor quedarme en el orfanato antes de unir mi vida a la de un hombre del que nada sabía.

Oí ruido de la puerta de entrada al edificio y al poco, Simón entraba en la sala. Al verle, al reconocer la expresión bondadosa de su semblante, comencé a tranquilizarme. Era imposible, materialmente imposible, que aquel hombre se dedicara a matar a nadie. Y con esta convicción, el misterio de la habitación prohibida, se hizo más intenso aún.

—Hola, Raúl —me saludó—, ¿Qué tal has pasado la tarde?

—Bien... padre. He curioseado por ahí... Luego, salí un poco al jardín.

Aprobó con la cabeza y me invitó a tomar asiento. Creí que también lo haría él, pero me equivoqué. Permaneció de pie, mirándome de hito en hito.

—Tienes derecho a saber algo de mí, Raúl —comenzó—. Te diré que gozo de una buena situación económica, gracias a que doy clases de música a los hijos de las personas más prominentes de la ciudad. Eso te pone a salvo de estrecheces económicas. Mientras yo viva, nada te faltará. En los días venideros ya tendremos ocasión de hablar sobre tu futuro, sobre aquello que desees hacer. Ahora, si te parece, podemos cenar... Sam se ha encargado de la cena.

En los días siguientes, Simón no estuvo mucho tiempo conmigo, ocupado con las personas que acudían para recibir lecciones de música, con sus libros y sus pensamientos. En numerosas ocasiones permanecía sentado, con los ojos cerrados, sin despegar los labios, absorto en sus cavilaciones.

Yo era completamente feliz a su lado. Felicidad que aumentó el día que Simón me mostró unos documentos, informándome que en aquéllos quedaba legalizada mi situación y la Ley me confería la calidad de hijo suyo, por adopción, a todos los efectos. En adelante, mi apellido sería el suyo y así pasé a llamarme Raúl Berry.

Tan sólo una nube oscurecía el cielo de mi felicidad. Por más que intentaba olvidarlo, me resultaba imposible alejar de mi mente la imagen del hombre encadenado en la habitación prohibida. Tal era mi interés que en una ocasión espí al negro Sam y pude verlo llevando una bandeja con alimentos a la habitación misteriosa. Eso me demostró que el hombre encadenado no estaba muerto y que permanecía en aquella casa en calidad de prisionero.

Los motivos para que se encontrase en semejante situación, escapaban a mi comprensión.

—Raúl, por ahora lo único que debes hacer es jugar con otros muchachos de tu edad, estudiar y hacerte hombre. Solamente cuando llegue a ese día, te comunicaré la gran misión que deberás cumplir y que llevarás a cabo a tu manera. Mientras tanto, debes de ser para mí un hijo.

—Así se lo prometo, padre.

—Muy bien —vi como la satisfacción se reflejaba en su semblante.

Algunas noches, Simón permanecía hasta altas horas de la madrugada tocando el órgano que tenía en su dormitorio. Desde el mío, yo escuchaba sus notas; casi siempre tocaba la misma melodía. La música llenaba la casa. Era muy distinta a cuanto yo había oído hasta entonces. Comenzaba con suavidad, casi parecía de iglesia, pero luego rugía como el viento, alcanzando la fuerza del huracán. Y, de repente, las notas se cortaban. Y volvía al comienzo hasta llegar a un punto en que, otra vez se cortaba. Y así, la misma melodía repitiéndose continuamente... Cesaba bruscamente y luego vuelta a comenzar, suave y dulce. No sé por qué, pero aquellas notas me recordaban gente muerta, sangre derramada y una gran campana atronando el aire. Entonces olas de un líquido rojo como la sangre y un terror tan blanco como los cadáveres...

Una noche no pude resistirlo y abandoné el lecho para

dirigirme silenciosamente hacia el dormitorio de Simón. La puerta estaba entreabierta y pude ver lo que ocurría en el interior de la estancia. Allí estaba Simón; la piel de su cara se mostraba tirante sobre los huesos y muy pálida y tenía una extraña luz en los ojos. Por la entreabierta puerta vi siete velas, colocadas en hilera y, lo que más me llamó la atención, un hacha colgada de la pared en cuya hoja se veían ciertas manchas de óxido, pero que a mí me parecieron como de sangre.

Debí hacer algún ruido, porque Simón dejó de tocar y volvió su cabeza hacia la puerta.

—Pasa, Raúl —me invitó.

Lo hice con cierto miedo, pensando que mi espionaje podía haberle enfadado. Pero no debía ser así, porque en sus pupilas no se reflejaba el menor atisbo de ira.

—¿Has estado escuchando mi música? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Te gusta?

—Sí, señor. Pero ¿es música religiosa, padre?

—Hasta cierto punto, sí —afirmó—, Pero siéntate... Te contaré la historia de esta música y el motivo por el que nunca puedo finalizar la composición.

Fui a sentarme en un taburete y esperé que él continuara hablando. Las cortinas estaban corridas, pero la luz de las siete velas iluminaban la estancia suficientemente para que yo pudiera divisar los rasgos de la cara de mi padre adoptivo.

—Verás, Raúl —comenzó—. La música que has escuchado es un Réquiem para difuntos. No sé quién sería el autor, pero jamás fue terminado.

Al oírle, empecé a comprender el motivo de las imágenes que asaltaron mi mente, en tanto escuchaba aquella música.

—En la Bretaña, en una zona donde existen muchos pantanos, hay un castillo donde vivía el señor de aquellas tierras. Un aristócrata cuyo apellido... bueno, por ahora no hace al caso. Dos o tres leguas más allá se elevaba una rica abadía ocupada por virtuosos monjes. El monasterio en cuestión fue edificado a expensas del aristócrata que era persona muy devota y tenía en gran aprecio a los frailes. Los bienes que poseía decidió legarlos a los monjes, desheredando a su único hijo como castigo a sus maldades, porque debo decirte que este hijo era cruel y malvado. Todo siguió así mientras vivió el noble; pero cuando murió, su hijo sabedor de que sus bienes pasaban a poder de los religiosos, reunió a unos cuantos desalmados y una noche de Viernes Santo, cuando los frailes habían comenzado a cantar un Réquiem de difuntos, en beneficio de su protector, asaltó el monasterio, lo

saquearon, pasando a todos los frailes a degüello de modo que cuando la infame cuadrilla se alejó del monasterio únicamente dejaron atrás los cuerpos ensangrentados de los religiosos y el edificio en llamas puesto que le prendieron fuego. El incendio redujo el monasterio a escombros; aún quedan algunas ruinas, pero eso es todo. Respecto al autor de tan vandálico hecho, nada le ocurrió porque eran tiempos turbulentos en el país y el rey, allá en París, tenía otros asuntos más complicados en los que ocuparse que la destrucción de una abadía en Bretaña.

—Una historia muy triste, padre —me creí obligado a comentar.

—Aguarda, que todavía no he terminado. Las gentes del lugar se horrorizaron ante el crimen; de padres a hijos, y de hijos a nietos se refirió con horror en las largas noches de velada. Pero lo que mantiene más viva su memoria es que todos los años, tal noche como en la que se consumó, se ven brillar luces entre las ruinas y se oye una música extraña y unos cánticos lúgubres y aterradores. La leyenda dice que son los monjes que cantan el Réquiem que interrumpió el crimen.

—Pero si fueron asesinados...

Sí. Son sus espectros lo que reanudan el Réquiem. Que nunca acaba, porque los sorprende el amanecer y en este momento, todo desaparece.

—¿Y ésa es la música que usted toca, padre? ¿Cómo la conoce?

Simón evitó mirarme, yendo a posar sus pupilas en las luces de las velas.

—Porque yo la he oído, Raúl. Cuando era joven y no temía ni a Dios ni al Diablo, una noche subí hasta las ruinas del monasterio. Y vi las extrañas luces y oí los fúnebres cánticos de los monjes... También vi algo más, pero no quiero asustarte, Raúl. Lo único que puedo decirte es que por mucho oro que me ofrecieran, jamás volvería a subir, en plena noche, a las ruinas del monasterio... Ahora bien, las notas de aquel Réquiem se quedaron grabadas en mi memoria. Por eso lo toco una y otra vez, con la esperanza que me venga la inspiración y pueda terminar lo que los frailes dejaron inacabado. Pero hasta ahora mis esfuerzos resultan inútiles... No te engañe, Raúl, si te aseguro que este Réquiem constituye una obsesión para mí...

Simón se quedó pensativo, sin añadir una sola palabra más a lo dicho. Yo, respeté su silencio, y tampoco dije nada.

—Pero ya es muy tarde —exclamó de repente, mirándome a la cara—. Y tú debes retirarte a descansar, Raúl... Anda, ve a dormir. Y no dejes que lo que te he contado, altere tu sueño. En resumidas cuentas, se trata de un hecho desdichado que sucedió hace

siglos... Y todo lo demás, es una leyenda, hijo mío. Anda, ve a tu dormitorio... Buenas noches, Raúl.

Correspondí a su despedida y regresé a mi dormitorio. Pero, a pesar de su última recomendación, no me fue fácil conciliar el sueño. La fúnebre y siniestra historia escuchada no se apartaba de mi memoria. Había dicho que él subió a las ruinas del monasterio, durante la noche y que lo que allí vio fue lo suficiente para que, aun a cambio de todo el oro del mundo, volviera a repetir la experiencia. ¿Qué es lo que pudo ver que tanta impresión le causó? ¿Y por qué aquella obsesión en tocar una y otra vez el Réquiem de los frailes degollados?

Y luego, aquellas siete velas... Y el hacha, cuyo filo conservaba el óxido de la sangre...

Otro recuerdo me asaltó. Aquel que se refería al prisionero de la habitación prohibida. ¿Quién era? ¿A qué causa era debida su prisión?

Por unas u otras cosas, el caso fue que cuando, al fin me dormí, mi sueño estuvo plagado de pesadillas en las que unas veces veía un cortejo de esqueletos cubiertos por hábitos frailunos, cantando en Réquiem de difuntos, y otras, las imágenes me hacían ver a Simón, deformado el semblante por una expresión de malignidad, que empuñaba el hacha y quería cortarme la cabeza...

CAPITULO 2

EL PRISIONERO

EN los días que siguieron, el recuerdo del hombre encadenado se convirtió en una obsesión, de la que no podía librarme, hiciera lo que hiciera. Yo no podía tener la menor queja de mi padre adoptivo, ni jamás me dio el menor motivo para sospechar que mantuviera hacia mí otras intenciones que no fueran las del afecto y el cariño que, por docenas de detalles, se esforzaba en manifestar.

Simón era un hombre bondadoso al que nunca le oí pronunciar una palabra más alta que otra, ni caer en el más leve estado de irritación. Cuidaba muchísimo de su léxico y todavía estoy por oír de sus labios una frase mal sonante.

El negro Sam le adoraba hasta la exageración. Podía decirse que era con respecto a mi padre adoptivo, un perro con figura humana, hasta tal punto llegaba su fidelidad.

Todo era, pues, apacible en aquella casa.

Y, no obstante, existía un misterio.

Hasta que llegó un momento en el que ya no pude resistirlo más.

Tenía que averiguar qué secreto se escondía en la habitación prohibida. Y la única forma de conseguirlo era hablando con el prisionero. A través de él conocería, sin duda alguna, el misterio.

Lo primero que hice fue acechar al negro Sam hasta conseguir saber dónde escondía éste la llave de la habitación del misterio. El paso siguiente fue aguardar a una tarde en la que me quedé sólo en la casa, aspecto indispensable para llevar adelante mis propósitos.

Mi excitación era enorme cuando llegué hasta la puerta del cuarto misterioso; me temblaba tanto la mano que tuve que realizar varios intentos antes de conseguir introducirla en la cerradura. Aún me asaltó un instante de duda. Pero la vencí y con un movimiento decisivo, la hice girar, abriendo la puerta.

Durante un instante que se me antojó un siglo, permanecí en el umbral, mirando al hombre encadenado. Allí estaba, sentado en un taburete, mirándome estupefacto. Ninguno de los dos hablamos, limitándonos a la mutua contemplación.

Se trataba de un hombre muy delgado, de cara chupada y ojos que brillaban como si estuviera dominado por la fiebre. Conforme examinaba sus facciones, sentía más la extraña sensación de que yo había visto su cara con anterioridad; pero no recordaba dónde.

Una fuerte cadena amarraba sus tobillos, con fuertes grilletes; su otro extremo quedaba fijo a una argolla sujeta a una pared.

—¿Quién eres tú, muchacho? —me preguntó con voz ronca.

Las piernas me temblaban y tenía la lengua pegada al paladar; era incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

—Está bien, responde, condenado. ¿Quién eres tú y qué demonios has venido a buscar aquí?

—Soy... soy el hijo del señor Berry —acerté a tartamudear.

—¿Qué?

La cara de aquel hombre reflejó primero un gran asombro y después, una intensa ira.

—¿Qué tonterías son esas, muchacho? —barbotó—, Simón no tiene hijos... Ese canalla ni siquiera se ha casado.

—Me adoptó en el orfelinato...

—Eso es otra cosa.

Se movió y al hacerlo, sonaron las cadenas, al entrechocar sus eslabones.

—¿De modo que te adoptó? —masculló, fruncido el entrecejo—, Que me maten si puedo adivinar qué intenciones tuvo al hacer tal cosa. Siempre pensé que mi hermano no andaba bien de la cabeza, pero esto, palabra que no podía esperarlo.

—¿Su... hermano?

Yo iba de sorpresa en sorpresa. ¡Aquel hombre era hermano de

mi padre adoptivo! Pero éste jamás me dijo que tuviera hermano alguno... ¿Y cómo se explicaba que lo tuviera allí, encadenado? Al mirarle a la cara comprendí de dónde me vino la sensación de haberle visto antes. Siendo hermano de Simón, era indudable que sus facciones tenían un leve parecido con las de mi padre adoptivo.

—¿Por qué está usted aquí, señor?

Una mueca de furia distorsionó su semblante. Los ojos parecieron saltársele de las órbitas y oí perfectamente como rechinaba los dientes antes de hablar.

—¿Que por qué estoy aquí? Tu padrastro, o lo que sea, no te lo ha dicho, claro. No te ha contado como su maldito negro se apoderó de mí... y como me tiene prisionero, matándome de hambre, porque me niego a firmar ciertos documentos...

Su semblante se suavizó y su voz tornóse suave y persuasiva.

—Muchacho, creo que Dios te ha enviado. Oye con atención lo que voy a decirte. Simón es un malvado, un canalla que oculta la negrura de su alma podrida con esa cara de santurrón que tiene... Nuestro padre nos dejó una gran fortuna, pero él dilapidó su parte. Cuando se vio sin un franco (1) me torturó día y noche con sus peticiones de dinero, hasta que llegó un momento en que me negué a darle ni un solo céntimo más. Entonces se le metió en la cabeza que el legítimo heredero era él y que yo le había robado la herencia... Tengo grandes posesiones en la Bretaña, ¿sabes? Pues bien, el miserable me citó en su casa y yo fui tan tonto que acudí, sin decirle a nadie donde iba... El negro apestoso me dominó, es muy fuerte, ya lo habrás visto, me metieron aquí, me encadenaron y Simón me dijo que si no le firmaba una cesión de todos los bienes, jamás me dejaría libre. Que iría dándome cada vez menos alimento, hasta que reventara de hambre. ¡Sí! —se excitó—, ¡Esas fueron sus palabras! Ya he perdido la noción del tiempo, no sé cuánto llevo en esta maldita habitación... Hay momentos en los que creo que voy a volverme loco... Eres muy niño todavía, pero ¿tú crees que un hermano puede hacerle a otro hermano una canallada semejante?

(1) La acción se desarrolla en Francia, donde la moneda, como se sabe, es el franco. N.A.

Era una narración terrible y me impresionó mucho. Nunca hubiera podido yo suponer que se encerraba tanta maldad en el alma de mi padre adoptivo. Debí revelar alguna duda en mi semblante, porque el hombre encadenado, insistió:

—¿No me crees? Dime, muchacho, ¿tú crees que una persona normal es capaz de encadenar a otra y racionarle los alimentos, dándole lo preciso para que se vaya alargando su vida, lo que

equivale a ir matándole lentamente de hambre? Y si eso fuera todo... No hace ni dos días que Simón me presentó un ultimátum. O firmo los papeles que él quiere, o tapiará la puerta... Eso me dijo; tapiará la puerta, y yo pereceré aquí, enterrado en vida, sin agua y sin alimentos... hasta morir. Me va a emparedar en vida.

La voz se le quebró en un sollozo y ante mi angustia, vi cómo ocultaba el rostro entre las manos y comenzaba a llorar como un chiquillo.

—No —murmuré tan angustiado como él—. Su hermano no puede hacer eso...

—Lo hará, hijo, lo hará —me contestó él entre sollozos—. Tú no lo conoces... Mi pobre mujer y mi hijo... Tengo un hijo de tu misma edad ¿sabes?

Aquello acabó con mis vacilaciones. Yo no podía consentir que Simón cometiera un crimen tan aborrecible.

—Avisaré a la policía, señor.

—¡No! —rechazó él—. No quiero que un escándalo así manche el buen nombre de la familia. Lo que tienes que hacer, si de verdad quieres ayudarme, es proporcionarme una lima. Yo limaré esta maldita cadena... Me iré y te prometo que nada malo le haré a Simón. Por mucho daño que me haya hecho, no puedo olvidar que es mi hermano... Anda, hijo, no pierdas tiempo... Tráeme esa lima... El bestia del negro puede regresar de un momento a otro...

Abandoné la habitación, espoleado por los gritos del hombre que me acuciaba, metiéndome prisa. Mientras buscaba la lima, reflexioné sobre lo que iba a hacer. Al ponerlo en libertad, estaba claro que yo también me vería obligado a abandonar aquella casa. Por lo que había oído, y visto. Simón jamás me perdonaría mi acción. Ahora bien; aunque el hecho arruinara mis esperanzas de una vida tranquila y a salvo de inquietudes, tenía que hacerlo, porque me resultaba imposible conocer un crimen y callarlo o, lo que era peor, convertirme en cómplice.

Amargamente me dije que nunca debe uno fiarse de las apariencias. Contemplando la faz apacible de mi padre adoptivo, nadie le hubiera supuesto capaz de matar ni a una mosca. ¡Bien me había engañado! Dentro de su aspecto bondadoso se encerraba un monstruo de maldad y lo mejor que yo podía hacer es alejarme rápidamente de su lado. Pensé en la promesa que me obligó a hacerle y a la gran misión que me tenía reservada para cuando fuera mayor de edad y me estremecí. Posiblemente la «gran misión» sería hacerme ejecutor de Dios sabe qué horrendos delitos.

Por fin localicé lo que buscaba y regresé apresuradamente a la habitación. El hombre casi no podía contener la excitación que le

dominaba. Con manos ansiosas se apoderó de la lima, que era fuerte, y comenzó a atacar una de las argollas de la cadena, hablando mientras realizaba su frenético trabajo.

—No olvidaré esto, muchacho. No puedo adoptarte, porque ya te he dicho que tengo un hijo, pero me cuidaré de que nada te falte.

—No deseo nada, señor. Obro así porque creo cumplir con mi deber.

Sin mirarme, siguió su trabajo.

—Claro, tu deber... Eso es muy digno de elogio, muchacho. ¡Qué sorpresa se va a llevar Simón cuando regrese y vea que el pájaro ha volado! No te arriendo la ganancia y pienso que lo mejor que puedes hacer es salir corriendo de esta casa...

Hubo un extraño acento en su voz que despertó mi inquietud. No hablaba de que me fuera con él, como hubiera sido lo más lógico. Un instante antes había dicho que se cuidaría de mí y ahora o lo había olvidado, o cuando hizo la promesa, no pensaba cumplirla.

No sé por qué, pero comencé a dudar sobre lo que había hecho.

El hombre llevaba su trabajo muy deprisa y ya tenía una de las argollas casi cortada. Pero conforme avanzaba hacia su liberación, su humor se iba tomando más y más sombrío y salpicaba su trabajo con groseras interjecciones, rabioso porque la labor se prolongaba demasiado para su gusto.

—Esta maldita cadena... «¡Nom de un chien!» ¿Pero es que no se va a romper nunca? ¡Pártete de una vez, condenada! La muy cerda...

Tal lenguaje comenzó a darme muy mala espina. La actitud de aquel hombre era muy distinta a la que mantenía momentos antes, cuando me rogaba con lágrimas en los ojos que le ayudara a escapar de su encierro. Hubo un momento que, sudoroso, detuvo su frenético trabajo y me dirigió una mirada cargada de irritación.

—¿Qué miras ahí, «petit cochon» (1)? Ya que no ayudas, por lo menos, mira para otra parte.

(1) Pequeño cerdo. N.A.

Sus soeces palabras, el insulto con el que me obsequió, la salvaje expresión de sus pupilas, todo en suma, contribuyeron a llevar a mi ánimo la certidumbre de que yo había cometido una terrible equivocación. Que aquel hombre me había engañado miserablemente y que Simón debía de tener buenas y fuertes razones para mantenerle prisionero.

Ya era tarde para evitar lo que yo mismo había desencadenado. Una mirada a la cadena me demostró que el eslabón estaba a

punto de romperse. Lo que tuviera que hacerse, debía hacerlo rápido y sin perder un solo minuto. Esa idea fue la que me empujó hacia la puerta con la idea de salir de la habitación y echar la llave, dejando al individuo dentro.

Desgraciadamente, ya era demasiado tarde. A mis espaldas oí ruido de cadenas y dos manos se posaron sobre mis hombros, echándome hacia atrás. Cuando giré la cabeza aterrorizado, me encontré cara a cara con la faz siniestra de aquel hombre, que me contemplaba con un gesto de burla. ¡Ya estaba libre!

—Estúpido muchacho —rió—. No eres muy listo que digamos...

—Señor... Por favor, suélteme...

—¿Que te suelte?

Lo que hizo fue llevarme a empujones hasta el taburete y allí, con celeridad, enrolló la cadena en torno a mis piernas.

—Si mi querido hermano Simón te ha adoptado es señal indudable de que te tiene afecto. Por tanto, creo que le daría un buen disgusto si antes de marcharme te ahogase...

Sentí como si una mano helada me oprimiera el corazón.

Aquel hombre no bromeaba. La siniestra expresión de sus pupilas demostraba todo lo contrario. Que estaba dispuesto a cumplir su amenaza.

—Señor —dije desesperado, tratando de ganar tiempo— dijo usted que gozaba de grandes propiedades en Bretaña. Entre ellas ¿no habrá, por casualidad, un castillo?

—¿Qué? Claro que lo hay. Mi castillo, necio chicuelo... Pero ¿qué puede importarte?

—Y cerca de ese castillo ¿no se levantan las ruinas de un monasterio donde hace muchos siglos fueron asesinados los frailes por un noble que los odiaba? ¿Y es verdad que en determinadas noches, los espectros de los monjes salen de sus tumbas para cantar un Réquiem de difuntos?

Yo no sé que me impulsaba a decir todo aquello. Acaso fue lo primero que se me ocurrió en mi afán de ganar tiempo, con la enloquecida esperanza de que el negro Sam apareciera de un momento a otro.

Pero lo cierto es que jamás pude imaginarme la reacción que se iba a apoderar en aquel individuo al escuchar mis palabras. Su expresión se tornó más feroz aún y el brillo siniestro de sus ojos, aumentó.

—¿De modo que lo sabes? ¿Te lo ha contado Simón? ¿No te ha dicho que el noble que cometió aquel acto se llamaba Jean de Havilland? El conde de Havilland... ¿Y sabes cuál es mi nombre, majadero? ¡Yo soy el conde Jean de Havilland!

Me asaltó un temblor que sacudía todos mis miembros. El

degüello de los desdichados frailes había sucedido siglos atrás...

—¡Idiota! —me lanzó un escupitajo a la cara—. Si fueras un muchacho avisado sabrías que al diablo conviene mantenerlo siempre encadenado. Pero eres un pobre necio y eso te va a costar la vida. No resisto la tentación de matarte para darle ese disgusto a Simón... El primero de los que va a recibir...

Estalló en carcajadas espantosas; parecía un loco, un monstruo sádico y malvado. ¡Ah, como lamenté mi ingenuidad al dar crédito a sus lágrimas y a la falsa historia que me narró! ¡Cara me iba a costar mi inexperiencia sobre las ocultas facetas del alma humana! ¿Cómo pude ser tan tonto? ¿Cómo pude creer que el bondadoso Simón era un criminal? Yo ignoraba las razones por las que mantenía a aquel individuo prisionero pero, a juzgar por lo que estaba oyendo y por increíble que pudiera parecer, bien veía que habían sido muy fuertes y poderosas.

—¡Soy el conde Jean De Havilland y jamás he vacilado en eliminar a mis enemigos! Hace siglos, ahora y el futuro, siempre soy el más fuerte. Y en cuanto a ti, estúpido muchacho...

Sin que yo pudiera hacer nada para impedirlo, engarfió sus manos en mi garganta. Aproximó tanto su cara a la mía, que pude percibir claramente su aliento en mi semblante. Y sus ojos, brillando con un fulgor infernal.

—Este es un momento de gozo para mí —silabeó, fulminándome con la mirada—. Hacía tiempo que mis manos no sentían un placer semejante...

Sus dedos comenzaron a apretar y sentí cómo el aire empezaba a faltar en mis pulmones. Abrí la boca para gritar, pero sólo un jadeo escapó de entre mis labios. Quería aire... me faltaba el aire... Y aquel monstruo continuaba apretándome la garganta en tanto que hasta mis oídos llegaban sus enloquecidas carcajadas.

—Mi hermano Simón se llevará una sorpresa muy agradable...

De repente, cedió la presión, al tiempo que se volvía hacia la puerta. Un ruido llegaba desde la entrada del edificio... Me soltó la garganta y corrió hacia la salida, mascullando:

—Ese canalla del negro... Seguramente es él, que regresa...

Antes de salir, me dirigió una mirada cargada de maldad.

—Por ahora, te libras, muchacho... Pero ya nos volveremos a ver...

Desapareció de mí vista. Instantáneamente comencé a luchar con la cadena que rodeaba mis tobillos. Mientras lo hacía oía rumor de pasos apresurados, ruido como de muebles al ser derribados y más tarde, el silencio.

Tembloroso, permanecí inmóvil, incapaz de realizar el menor movimiento. Sentí pasos y al poco, apareció el negro Sam,

mirándome con una expresión compasiva. Observó el eslabón partido y la lima depositada en el pavimento; era evidente que no le hacía falta ninguna explicación y que adivinaba fácilmente lo ocurrido.

—Ha cometido usted una grave equivocación, amito Raúl. Y ese hombre ha conseguido escapar... ¿Por qué lo hizo? El amo Simón le tenía prohibido acercarse a esta habitación...

Llorando, entre sollozos, se lo conté todo. Como mi maldita curiosidad me había hecho desobedecer la orden de Simón. Lo que ocurrió después, la historia que oí... Y como, de no haber llegado él, el fugitivo me habría matado.

—Ha facilitado usted la libertad a un demonio, señorito Raúl —dijo el negro gravemente, pero no había en su acento el menor tono de reproche hacia mí. Por el contrario, creí notar la compasión—. Esto es algo que hubo de tener en cuenta el amo Simón. Usted es un muchacho muy bueno, señorito, y los buenos resultan siempre fácil presa de los malvados. No tiene usted nada de qué reprocharse, porque obró empujado por su buen corazón. No tema, señorito Raúl, el amo Simón sabrá comprenderlo. Ahora lo mejor será que vaya usted a su dormitorio y se tranquilice. No tenga miedo. No le ocurrirá nada, se lo aseguro.

Era un consejo muy sensato y me apresuré a obedecer. Ya en mi habitación, más tranquilo, di en reflexionar sobre el extraño suceso del que fui protagonista. Obviamente, ya no creía ni una sola palabra de la historia que aquel malvado me contó. Lo único que quedaba claro, porque insistió en ello al verse libre y revelar sus verdaderas intenciones, era que Simón y él, eran hermanos. Pero existía algo más; siendo así, el verdadero apellido de mi padre adoptivo era De Havilland, y no Berry. Y estaba también el siniestro asunto de los frailes degollados, y la jactancia del fugitivo, gozándose en el macabro crimen. ¿Qué tenía que ver él con algo ocurrido siglos atrás?

Acaso él me lo dijo bien claro y con toda exactitud.

Al diablo conviene tenerlo siempre encadenado...

CAPÍTULO 3

LA VERDAD

SI temía el enfrentamiento con mi padre adoptivo, pronto tuve la confirmación de que éste no pensaba, en modo alguno, castigarme por lo que había hecho.

Lo adiviné, nada más penetró en mí dormitorio, al ver la expresión de gravedad, pero no encolerizada, de su semblante.

—No tienes nada que decirme, Raúl. Lo sé todo. El único reproche que puedo hacerte, es haberme desobedecido. En lo demás, obraste como un buen muchacho y dejándote guiar por tu buen corazón. Y ahora cuéntame qué es lo que te dijo ese hombre.

Así lo hice y él me escuchó atentamente, sin interrumpirme ni una sola vez. Cuando finalicé, lanzó un suspiro.

—Debo reconocer que te dijo la verdad. Pero a medias, solamente. Ciertamente, Jean y yo somos hermanos. También es verdad que él disfruta de grandes posesiones que, en justicia, me pertenecen. No es cierto que yo dilapidase nada, por la sencilla razón de que se me despojó de mi herencia. El lo hizo, ayudado por documentos falsos que le confeccionó un notario protervo y un juez venal... También es verdad que conseguí apoderarme de él y lo tenía cautivo, amenazándole con no dejarlo jamás en libertad en tanto no reconociera el despojo efectuado y se me restituyera lo que es mío... Pero jamás, y esto te lo juro, pensé en causarle mal alguno, a pesar de lo malvado que es...

Se señaló el lugar de la pierna que le faltaba.

—¿Ves esto? El me lo hizo... Me lo hizo, con el hacha que tengo en mi habitación. Desde muchacho, ya era cobarde y cruel... Mi padre me prefería y por eso él intentó matarme... Luego dijo que había sido un accidente, que el impulso del hacha lo hizo voltear el brazo, que él quería lanzarla contra el tronco de un árbol... Pero si yo no llego a dar un brinco, el filo del arma me habría dado en el cuerpo, en lugar de la pierna... La herida se gangrenó y tuvieron que amputarme el miembro... Pero ven conmigo, Raúl. Quiero enseñarte algo.

Me llevó hasta el salón y comenzó a señalarme los cuadros.

—Ese —señaló el retrato de un caballero vestido a la usanza del siglo XVII—. Es el conde Jean De Havilland, el malvado hijo de un hombre bueno. Fue quien cometió el horrible crimen en el monasterio, asesinando a todos los religiosos... Naturalmente, es un antepasado mío, cosa que yo no puedo evitar...

Me indicó otro cuadro que reflejaba la imagen de una bella

mujer.

—Esa es la actual señora de la mansión de los De Havilland. Mirelle de Saint Cyr... Se casó con mi hermano Rupert... Mira ahora a la derecha de ese cuadro, es el correspondiente a Rupert. Antes de que transcurrieran dos años de su feliz matrimonio, murió vilmente asesinado. Y ahora, ahí tienes el retrato del hombre que has puesto en libertad...

Me fijé en el cuadro y entonces comprendí por qué las facciones del fugitivo me habían resultado familiares.

—Observa la crueldad en sus facciones y la lujuria que brilla en sus ojos. Es mi otro hermano, Jean... El hombre que yo mantenía prisionero. A la muerte de Rupert, acosó a su esposa, la bella y aristocrática Mirelle, y usando medios que desconozco, la sedujo y apenas llevaba seis meses de viudedad, se casó con ella, convirtiéndose en el señor no solamente del castillo de mi familia, sino también en propietario de las ricas propiedades de Mirelle de Saint Cyr. Mantenerle en mi poder significaba para mí, tenerlo separado de Mirelle porque yo no podía permitir que un ser tan malvado como Jean viviera rico y en una casa honrada, gozando de una buena y hermosa mujer a la que, sin duda, engañó vilmente para obligarla a casarse con él. Jean merece no una, sino mil muertes, pero es mi hermano y yo no puedo levantar la mano contra él. Sin embargo, tampoco me era grato renunciar a la venganza por lo que a mí me hizo y lo que más tarde, sin duda, hizo a Mirelle de Saint Cyr, la viuda de mi hermano Rupert. Te he dicho que éste fue asesinado y tengo fundadas sospechas de que el causante de su muerte fue Jean que ansiaba no sólo a Mirelle, sino las propiedades de ésta. Y ahora llego al motivo que me hizo adoptarle, Raúl. Tú serás el vengador... No importa que pasen algunos años, siempre he tenido paciencia. Dentro de diez años, serás mayor de edad... Como legalmente te he reconocido por hijo, la fortuna de los de Havilland, si yo he muerto, será tuya, si consigues demostrar ante la Ley el infame despojo del que fui víctima. Tú eres mi heredero, Raúl... Tú llevas el apellido De Havilland... No leíste los papeles de adopción; si lo hubieras hecho verías que allí consta este nombre: Raúl De Havilland. Yo oculté el mío verdadero, adoptando el de Berry, para escapar de mi hermano, pues éste sabiendo que yo era un peligro para él, me buscaba para matarme... Para terminar, Raúl; cuando el momento llegue, irás al castillo de los De Havilland y nos vengarás a los dos, a mi hermano Rupert y a mí. Si logras demostrar mi justo derecho a esa fortuna, te lo repito, será tuya, porque yo te he reconocido como hijo. Entretanto llega ese día, tenemos que abandonar inmediatamente la ciudad y buscar escondite en otra.

Te digo esto porque mi hermano Jean, libre, nos buscará a los dos para matarnos.

Por fin conocía la misión para la que había sido destinado por mi padre adoptivo. Convertirme en el vengador de unas viles afrentas y alcanzar la fortuna. Por lo pronto, algo ya se había cumplido. Yo, el hijo del hospicio, tenía derecho a ostentar uno de los apellidos más ilustres de Francia. Era Raúl De Havilland.

—Le doy mi palabra, padre, que cumpliré fielmente sus deseos. Los cumpliré, o dejaré la vida en el empeño.

Ya no hablamos más. Simón me alargó su mano y estrechó la mía con fuerza. Y al mirar sus ojos creí percibir en ellos el brillo de las lágrimas...

CAPITULO 4

MAYORIA DE EDAD

LOS días dieron paso a los meses y éstos, a los años. Y así fui creciendo y mis facciones de niño se convirtieron en las de hombre. Durante aquel tiempo, vivimos en Baltimore y nada ocurrió que nos demostrase que Jean De Havilland había encontrado nuestra pista. Seguramente las precauciones que tomó Simón acabaron por hacerle perder la misma y como los años transcurrieron sin que mi padre adoptivo hiciera nada por revelar su existencia, su hermano acabó pensando que había muerto y se desentendió del asunto. Pero el que no lo olvidaba era Simón, aunque en estos años no añadió nada a la historia que me contase tiempo atrás. Pero yo sabía que en él permanecía fijo el pensamiento de aquel hermano disfrutando de una fortuna que no era suya y durmiendo todas las noches junto a la mujer que, estoy seguro de eso, también amaba mi padre adoptivo.

Y así llegó el día en que cumplí veintitrés años. Debo decir que Simón se había preocupado de costearme los estudios y que, gracias a su dinero y mi aplicación, me licencié en Derecho. La elección de la carrera fue idea de él. «Un abogado —me dijo—. Siempre tiene más ventajas que cualquier otro, porque conoce la Ley y sabe hasta dónde puede llegar, sin violarla.»

Así pues, el día de mi cumpleaños, Simón ordenó a Sam, el fiel negro, más que servidor un amigo, que descorchase una botella de champán para que los tres brindásemos a mi salud.

—Bueno, Simón —dije después de apurar mi copa—. Creo que ha llegado el momento de plantearnos muy en serio cierto asunto.

Habría que decir que, a partir de aquel día, y por expreso deseo suyo, yo dejé de llamarle padre, para hacerlo con su nombre. Dijo que eso le complacía mucho más porque, más que padre e hijo adoptivo, él quería que fuésemos amigos.

Me miró a los ojos e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Sí —asintió—. Tienes razón, Raúl. Ha llegado ese momento. ¿Qué opinas tú, Sam?

El negro, cuya cabeza ya blanqueaba, estaba al tanto de la triste historia de su amo. (El siempre lo llamaba así, «amo») y ya digo que Simón lo trataba más como amigo, que como sirviente.

—La maldad debe obtener su castigo, amo Simón. Y estoy seguro de que el señorito Raúl sabrá hacer relucir la justicia.

Si Simón me quería sinceramente, para Sam yo era algo así como su dios, tal era la veneración que me profesaba.

Simón hizo una seña al negro para que volviera a llenar nuestras copas.

—Bien, Raúl, he aquí el plan que he trazado. Pero antes has de asegurarme que estás dispuesto a llevarlo adelante y que nada, ni nadie te hará desistir en el empeño. Si no te agrada, o estimas que mi razón no es justa, estás a tiempo de apartarte de mi venganza. Te doy mi palabra que no te lo tomaré en cuenta y te relevo de la promesa que me hiciste.

—Simón, no le dé más vueltas al caso. ¿Olvida que yo también tengo una cuenta que saldar con su hermano Jean? El hombre que es capaz de asesinar a un niño, como intentó hacer conmigo, no merece la menor compasión, de modo que es asunto resuelto. ¿Qué debo hacer?

—Lo primero es introducirte en el castillo. ¿Cómo? He tomado mis medidas para eso. Jean ha requerido los servicios del abogado del pueblo, un pobre vejete que ya apenas si sabe lo que hace. Por lo visto, a mi hermano le corre prisa poner en orden no sé que papeles... El abogado es un antiguo y buen amigo mío. Por tanto, le ha dicho a Jean que necesita la ayuda de un letrado más joven, más impuesto en las actuales Leyes. Tú serás ese ayudante... Ha pasado mucho tiempo y es imposible que mi hermano recuerde al niño que intentó matar... Ahora eres un hombre. No te reconocerá. Por cierto, no puedes utilizar nuestro apellido, ni el de Berry... No quiero riesgos inútiles. Por tanto usarás aquél con el que te inscribieron en el orfanato. Serás Raúl Destriex. Te daré algunos informes: Jean tiene una hijastra... Una muchacha llamada Louise, hija del primer matrimonio de Mirelle con mi hermano Rupert... Aquel que fue asesinado y cuyas pruebas tú debes encontrar para que condenen a Jean. Tengo entendido que es una joven muy buena y bella... Y eso es todo. No tengo que recomendarte que no te fíes de nadie, absolutamente de nadie... Mirelle de Saint Cyr es una mujer honesta y buena, pero está casada con Jean... Ignoro el dominio que éste pueda ejercer sobre ella. De modo que a nadie, absolutamente a nadie debes confiarte... Llevarás dinero sobrado para que nada te falte. Si precisaras más, en la casa de banca del pueblo he abierto una cuenta a nombre de Raúl Destriex. ¿Tienes alguna pregunta más que hacerme?

—Ninguna, Simón. Solamente saber cómo se llama el pueblo y la dirección que debo tomar para llegar al castillo.

—El pueblo es pequeño y se llama Ile-Sur-Mer. La zona es rica en pantanos... A cualquiera que preguntes en el pueblo te dirá la

dirección del castillo. ¿Algo más?

—Nada. Con lo que me ha dicho tengo bastante. El resto, corre de mi cuenta.

Aunque no tenía ni la más ligera idea de los medios que podía emplear para alcanzar el éxito en mi misión, estaba seguro de que Simón sería cumplidamente vengado, tal era la confianza que tenía en mis propias fuerzas.

Energías físicas no me faltaban. Pude comprobarlo al encontrarme en mi dormitorio y ver reflejada mi imagen en un espejo. La bruñida superficie me devolvió la imagen de un joven alto, bien proporcionado, de anchos hombros, mandíbula agresiva y ojos grises, con brillos metálicos. Ese era yo; Raúl De Havilland, el legítimo heredero de Simón, de unas riquezas que ahora disfrutaba un usurpador. Un individuo vil y despreciable a quien yo no iba a dudar en lo más mínimo en enviar a la guillotina como pago de sus delitos.

Reflexioné sobre los informes que me había dado mi padre adoptivo. La esposa, Mirelle de Saint Cyr era, según él, un compendio de todas las virtudes. El hijo, un canalla tan malvado como su padre. Pero ¿y la hijastra? Aquella joven que, de acuerdo con lo dicho por Simón, era muy bella y honesta... Contra ella, no iba nada. Me prometí tratarla con toda la delicadeza posible. Porque quizás, al igual que su madre, fuera otra víctima del miserable que tenía por padrastro,

* * *

Comenzó la aventura.

Dos días después de mi conversación con Simón, me dirigía al pueblo de Ile-Sur-Mer, conduciendo un automóvil alquilado, un «Citroën» en bastante buen uso; el tipo de vehículo adecuado a quien iba a presentarse como un abogado, recientemente licenciado en Leyes y que, por tanto, no disponía de grandes medios de fortuna para adquirir un coche de mayor precio.

Lo malo de los vehículos de alquiler es que como han pasado por tantas manos, uno nunca sabe cuándo se van a plantar víctimas de averías insospechadas. Algo de esto me ocurrió; a unos treinta kilómetros del pueblo, comencé a notar que el automóvil perdía velocidad. No soy un gran mecánico, pero con las nociones que tenía, creí descubrir que la anomalía era debido al mal funcionamiento de la bomba de gasolina. Posiblemente, la membrana. Y en estos casos, ya se sabe. Hay que tener paciencia y recurrir a un remedio simple; colocar un paño mojado sobre la bomba y aguantar así hasta llegar al taller más próximo.

Pero, aún marchando, la velocidad se reduce

considerablemente y ya es un triunfo, poder mantener al coche sobre los cincuenta o sesenta kilómetros hora. Para colmo, el camino que recorría era bastante malo. Una carretera comarcal llena de baches que hacía gemir una y otra vez a la suspensión del automóvil.

Del paisaje, más vale callar; era muy sombrío, carente de campos cultivados, bosques oscuros y en un par de ocasiones, bordeé unos pantanos de aguas quietas y oscuras.

Al doblar una curva, me sorprendió lo inesperado. Una muchacha me hacía frenéticas señas para llamar mi atención. Al aplicar el pie al freno, distinguí al automóvil estacionado a un lado del camino. Un magnífico descapotable «Renault».

La chica se aproximó corriendo; al llegar junto a mi coche, jadeaba.

—Menos mal que ha pasado usted —exclamó—. Porque éste es un camino por donde transcurren días enteros sin que lo recorra un solo automóvil.

No había que mirar mucho para darse cuenta de que era muy linda. Su espléndida cabellera rubia le caía sobre los bien formados hombros, en grandes cascadas de oro. Vi también una nariz bien dibujada, unos labios rojos y unos enormes ojos azules. Respecto a su figura, sólo puedo decir que era esbelta y con las debidas redondeces. ¿Edad? Podía calcularse entre los veinte y los veintidós años... Al menos, eso me pareció.

—Pues me alegro mucho de que yo fuera en esta dirección — contesté, abriendo la portezuela—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Mi coche no quiere seguir. Y no hay arreglo, hasta que no venga una grúa y se lo lleve. No entiendo mucho, pero me parece que un bache ha roto un palier. Así que si usted fuera tan amable de llevarme al pueblo...

No pude por menos de esbozar una sonrisa.

—Con mucho gusto la llevaré... hasta donde quiera este automóvil. Llevo la bomba de gasolina estropeada. De todos modos, con un poco de suerte, espero llegar. Suba.

Abrí la portezuela y ella se acomodó en el asiento contiguo. Al hacerlo, la falda se elevó ligeramente, permitiéndome ver un par de magníficas piernas. No obstante, me apresuré a desviar la mirada de aquella parte de su anatomía; lo que menos deseaba yo era que ella pudiera imaginar intenciones no muy decorosas en mi invitación a conducirla hasta el pueblo.

Metí la primera y, por suerte para ambos, el «Citroën» respondió, poniéndose en movimiento. Pero, como ya he dicho, no podía apurar mucho la velocidad, so pena de arriesgarme a detenerme en el camino. De modo que en aquella ocasión, nunca

estuvo mejor dicho el antiguo refrán italiano: «Chi va piano, va lontano».

—Perdóneme —oí la voz musical de ella—. No quisiera ser indiscreta con mi pregunta, pero ¿vive usted en Ile-Sur-Mer?

—¿En el pueblo? ¡Oh, no! Soy forastero. ¿Y usted?

—Mi familia tiene una propiedad no lejos del pueblo. Si usted es de Bretaña, quizás la haya oído nombrar: «Château Havilland».

—¿Qué?

Fue tan grande la impresión que sufrí que, inconscientemente, abandoné la atención al manejo del coche, para volver la cabeza y mirarla con interés.

—Pero...

—¡Cuidado! —advirtió ella—. ¡Que nos salimos de la carretera!

Era verdad. Me apresuré a corregir la dirección, evitando un árbol por puro milagro.

—Dígame —me preguntó—. ¿Qué le ha hecho distraerse de ese modo? Me pareció ver que se estremecía usted al oír el nombre de la mansión de mis padres.

—Verá usted. Ocurre que yo también me dirijo a ese sitio.

—¿Sí? ¿Acaso es amigo de mi hermano?

—No. Soy abogado. Monsieur Duclos, el abogado del pueblo, solicitó mis servicios para que le ayudara en no sé qué trabajos que le ha encomendado el propietario del castillo. Su padre, supongo...

Demasiado sabía yo que no era su padre, sino su padrastro. Aquella bella muchacha, de acuerdo a la información que me facilitó Simón, era la llamada Louise, hija del primer matrimonio de la actual esposa de Jean De Havilland.

—Bien... Es mi padrastro —replicó ella—. Mi madre, a la muerte de mi padre, se volvió a casar con un hermano de éste... Del que tuvo un hijo, François, mi hermanastro. Pero, dígame ¿piensa usted permanecer mucho tiempo en el castillo?

—No lo sé —y era sincero en mi respuesta—. Depende de monsieur Duclos y el trabajo que haya que realizar. Claro que —añadí humorísticamente, porque el «Citroën» había atenuado la velocidad y apenas si avanzábamos a cuarenta a la hora—. Lo primero será llegar...

—Roguemos a Dios porque su coche aguante. Lo digo porque me parece que se nos echa la noche encima...

Era cierto. Los postreros rayos de sol iban ya de retirada y teníamos el crepúsculo encima.

—Me llamo Louise —dijo ella tímidamente—. Louise de Havilland...

Su presentación obligaba a correspondería.

—Raúl Destriex es mi nombre. Lamento que nuestro conocimiento se haya efectuado en estas circunstancias, mademoiselle.

—¡Oh, por favor! Llámeme Louise... y así yo podré llamarle Raúl.

—Me parece bien, Louise...

Y en aquel momento, el automóvil se detuvo, negándose a avanzar ni un milímetro más. El motor despidió algo que me sonó como un quejido y luego... ¡Se acabó!

—¿Qué pasa? —inquirió Louise, mirándome alarmada—. ¿Por qué no seguimos?

—Porque este automóvil ha decidido pararse. Ya se lo avisé... Le ha debido dar envidia el suyo y por no ser menos...

—¿No hay solución?

—Ninguna. La bomba está estropeada... Posiblemente, se trata de la membrana, pero como no bombea bien, la gasolina no llega al motor... No hay nada que hacer. Fin del viaje.

—¿Y qué hacemos?

Eso era precisamente lo que yo deseaba saber. Qué se podía hacer en una situación semejante.

—Supongo —aventuré—. Que no nos queda más remedio que esperar a ver si pasa algún vehículo.

—Pues entonces, prepárese para pasar la noche aquí —replicó ella—. Este es un camino muy poco transitado, Raúl. Ile-Sur-Mer es un pueblo muy pequeño. Son pocos los forasteros que acuden a él...

Saqué la cajetilla y le ofrecí un cigarrillo. Ella denegó con un gracioso gesto de cabeza que hizo ondular sus cabellos.

—No fumo, gracias. ¡Vaya situación! No quiero ni pensar la inquietud de mi madre viendo que pasan las horas y no llego.

—No se puede luchar contra los imponderables —me limité a responder, después de lo cual encendí el cigarrillo y aspiré la primera bocanada de humo.

Durante unos minutos, ninguno despegamos los labios.

Con discreción, observé su semblante; mostraba un gesto de inequívoca contrariedad.

—Oiga —dijo ella de pronto—. El pueblo se encuentra a unos siete kilómetros... acaso ocho, pero no más. ¿Qué le parece si emprendemos la marcha andando?

—¿Andando?

Bueno, ocho kilómetros no son muchos. En un par de horas, a buen paso, podían ser cubiertos. Y yo siempre he sido buen andarín.

—¿Está usted segura que se trata de esa distancia?

—Conozco la región, Raúl. He nacido aquí... He dicho ocho,

pero aunque pudiera equivocarme, le aseguro que el margen no sería mucho mayor de un kilómetro o dos más.

—No lo dudemos, entonces —me decidí abriendo la portezuela—. Cuanto antes emprendamos la marcha, mejor.

Ella me imitó, señalando el campo.

—Por la carretera, si a esto se le puede llamar carretera, tardaríamos muchísimo más. La distancia es casi el doble. Pero atajando, y yo conozco toda esta zona como la palma de mi mano, le aseguro que en tres horas, como mucho, estamos en el pueblo. Allí nos será fácil llamar al castillo por teléfono y mi familia enviará un coche a recogerlos.

—Usted guía, Louise.

Pensé que si tardábamos más de las tres horas que ella citaba, la noche nos sorprendería en medio del campo. Porque ya el sol había desaparecido en la lontananza y el anochecer se nos echaba encima a pasos agigantados.

Pero la marcha no podía ser muy rápida porque ella calzaba zapatos, y aunque eran de medio tacón, las características del terreno hacían que aquel calzado no fuera el más adecuado para recorrerlo.

Existía también otra circunstancia que no dejó de preocuparme; el cielo se estaba cubriendo a enorme velocidad de unos oscuros nubarrones que presagiaban tormenta. Era lo único que nos faltaba; ser sorprendidos por la lluvia al raso y sin lugar alguno para cobijarnos.

Louise también se percató del hecho y en un momento dado, detuvo su marcha para mirarme, con el entrecejo levemente fruncido.

—En Bretaña suelen ocurrir cosas como ésta —dijo—. Aquí el clima es un tanto irregular...

—Ya. Pues si ocurre lo que sospecho, será una contingencia muy desagradable.

¡Y ocurrió! Llevaríamos recorridos unos cuatro kilómetros, cuando un trueno estalló sobre nuestras cabezas. Casi en seguida, las primeras gotas humedecieron el terreno. Como eran inútiles las lamentaciones, lo que hice fue quitarme rápidamente la chaqueta y echársela a Louise sobre los hombros.

—Pero ¿y usted? —me miró a la cara.

—No se preocupe... ¡Diablos, esto arrecia!

Redoblaban los truenos y tocaba el viento sus trompetas.

Gruesas y cálidas gotas me azotaron la cara. Y era tan sólo el principio, porque era indudable que la tormenta cada vez adquiriría mayor virulencia. Horrorizado contemplé la caída del primer rayo; abatió un árbol y el espectáculo era para atemorizar

al espíritu más firme.

Un invisible monstruo de irrespirable poder y furia, se adueñaba del ambiente. Vi como otro rayo destrozaba un añoso roble y la lluvia se convirtió en un impresionante aguacero, cayendo cada vez con mayor intensidad.

—¡Louise! —grité, tratando de hacerle llegar mi voz a través del rugido del viento—. ¿No hay por aquí algún sitio donde podemos refugiarnos?

A todo esto, el cielo, cubierto por las nubes, oscurecía de tal modo el paisaje que, aunque no había llegado la noche era como si así fuera.

—Allí —me señaló ella algo que parecía la mole de un edificio—. Es el único sitio...

—Pues ¿a qué esperamos?

La tomé de un brazo y corrimos hacia el lugar indicado. Cuando estuvimos más cerca pude ver que se trataba de las ruinas de lo que parecía ser una iglesia, o un monasterio. Aún permanecía en pie una torre con las campanas.

Efectivamente, se trataba de una gran iglesia. No obstante, lo que quedaban era muros derruidos, arcos y columnas partidos y, lo más importante para nosotros, la gran nave central que conservaba parte de su techumbre.

Ante mi asombro, mi compañera se detuvo, antes de seguir adelante. La miré sorprendiendo en su semblante una extraña expresión.

—¿Qué le pasa? —gruñí—. Ahí podemos cobijarnos hasta que pase la tormenta.

—Raúl, cómo se conoce que es usted forastero.

—Pues ¿qué tiene eso que ver...? Vamos, Louise...

—Escuche. Este es un lugar al que, por nada del mundo, entraría nadie de la comarca. Y menos, de noche.

—¿Por qué?

—Hay una leyenda... ¿Ve usted las ruinas? Bueno, este monasterio fue destruido por un antepasado mío... Pasó a los monjes a cuchillo, matándolos a todos, cuando cantaban un Réquiem para difuntos. Se dice que en noches como ésta, los espectros de los frailes salen de sus sepulturas y reanudan el canto de aquel Réquiem...

—¡Ah!

Recordé la tétrica leyenda que me contó Simón sobre la salvajada cometida por el conde Jean De Havilland con toda la comunidad de religiosos. ¿De manera que habíamos ido a dar con las ruinas del monasterio en cuestión? Bueno, siempre he sido bastante escéptico con respecto a las historias de fantasmas,

espectros y almas en pena. La lluvia era cada vez más fuerte, la tormenta en lugar de ceder, arreciaba y allí teníamos un refugio. Además, no podíamos elegir.

—Déjese de supersticiones, Louise. Eso está bien para los aldeanos. ¡Vamos!

Acaso por no parecer cobarde, quizás porque ella tampoco daba mucho crédito a la siniestra historia, el caso es que no hizo resistencia alguna cuando la obligué suavemente a seguirme. Saltamos entre piedras, cascotes y vegetación salvaje, hasta llegar al crucero de la iglesia. Aquel era el sitio mejor conservado y nos protegería de la tormenta. A la luz lívida de los relámpagos, pude ver estatuas descabezadas, imágenes rotas de santos, columnas a medio derruir... Bueno, lo importante para nosotros era que había un tejado.

Fuimos a refugiarnos en el rincón más protegido, sentándonos sobre las frías baldosas del pavimento.

—Como no arregla nada lamentarse —moduló ella—. No diré que nuestro conocimiento se ha iniciado bajo extrañas circunstancias, Raúl.

Yo estaba muy ocupado buscando en mis bolsillos en busca de la cajetilla de tabaco. La encontré y, por suerte, comprobé que aunque la mayoría de los cigarrillos se habían estropeado por la lluvia, todavía quedaban algunos aprovechables. Encendí uno, utilizando mi mechero y aspiré con fruición la primera bocanada.

—Lo que siento es que la tormenta no lleva apariencias de ceder —dije—. Y no sé cuántas horas vamos a tener que permanecer aquí...

Miré a la muchacha.

—Está usted empapada, Louise. Voy a ver si encuentro algunas maderas por aquí y puedo hacer algún fuego para secarnos las ropas... y calentarnos, que buena falta nos hace.

—¡Raúl, aquí no encontrará usted otra cosa de restos sagrados! —protestó ella con viveza—. ¡No se le ocurrirá hacer fuego con ellos!

—Vamos, Louise —sonreí—. Aquí no hay que mencionar eso de restos sagrados. No queda otra cosa que ruinas.

—¡No me deje sola, Raúl!

—No tenga miedo. Buscaré por aquí cerca... Tranquilícese.

Mi búsqueda resultó inútil. Ciertamente localicé algún que otro pedazo de madera carcomida, pero estaban tan empapados por la lluvia que no eran utilizables para el fin perseguido. De manera que regresé junto a la muchacha que me vio llegar con un evidente gesto de alivio.

—Lo siento —murmuré—. Tendremos que aguantar con las

ropas mojadas.

—Con tal que pase pronto la tormenta...

Pero transcurrió el tiempo y el agua seguía cayendo, los truenos retumbando y los relámpagos iluminando el cielo.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

Consulté la esfera luminosa de mi reloj.

—Van a ser las diez...

—¡Dios mío! —se quejó—. ¡Cómo estará mi madre! Por mucho que lo intente, jamás podrá suponer en el sitio que me encuentro.

—Hábleme de su madre —pedí—. No sé por qué imagino que es una mujer extraordinaria.

Para Simón, desde luego, sí que lo era, porque cada vez que me habló de ella, lo hizo en los tonos más elogiosos que cabe imaginar. Claro que yo siempre supuse que mi padre adoptivo estuvo enamorado de ella. Debió ser muy duro para él contemplar cómo primero se casaba con uno de sus hermanos, después con el otro y él, que debía amarla con locura, nunca pudo declararle aquel amor.

—¿Y qué quiere que le diga, Raúl? Para un hijo, sus padres son siempre lo más grande del mundo.

—No siempre —rectifiqué—. Hay hijos descastados... Aunque, claro, usted no se encuentra en ese caso. Estoy seguro de que quiere mucho a su madre.

—Es cierto. La adoro, Raúl. Como usted la adorará cuando la conozca. Todos la quieren. Incluso mí padrastro.

Sus últimas palabras me sonaron muy extrañas. Fui a decir algo, pero ella se me adelantó.

—No me interprete mal, Raúl. Cuando usted conozca a mi padrastro, lo comprenderá perfectamente. Ocurre que tiene un carácter altivo, es muy orgulloso, ya ve, puede decirse que es eso que llaman «un hombre duro». No le gusta demostrar su afecto... Acaso porque cree que tal cosa es un signo de debilidad.

—Ya. ¿Y qué me dice de su hermano François?

Cuantos más detalles conociera sobre aquella familia, mejor para mis designios. El tal François, de acuerdo con los informes de Simón, eran tan vil y despreciable como su padre.

—Verá, Raúl —me pareció captar un tono de duda en ella—, François es un poco raro... Muy introvertido, ya sabe...

No, yo no lo sabía, aunque pronto pensaba comprobarlo.

Se hizo el silencio entre ambos.

El aire, al azotar los derruidos muros y extenderse por los desiertos claustros, parecía exhalar gemidos. Las gotas de agua que se filtraban por entre las grietas de los rotos arcos y caían sobre las losas con un rumor acompasado, como el del péndulo de

un reloj; el chillido de un búho graznando refugiado debajo del nimbo de piedra de una imagen; el arrastrarse de reptiles que, despiertos de su letargo por la tempestad, se movían por los zarzales que crecían al pie del altar, entre las junturas de las lápidas sepulcrales que formaban el pavimento de la iglesia; todos, en una palabra, los extraños ruidos que forman el murmullo del campo, de la soledad de la noche, llegaban claramente perceptibles hasta nuestros oídos.

El ambiente predisponía a la melancolía y el abatimiento. No soy hombre impresionable, pero tengo que reconocer que llegó un momento en el que me sentí bastante deprimido sin que contribuyera a alegrar mi ánimo la presencia de la bella muchacha que tenía a mi lado.

—Raúl, vámonos de aquí —susurró ella—. Parece que la lluvia va cediendo... No soy supersticiosa, se lo juro, pero no me gusta este lugar.

—A mí tampoco —contesté con entera franqueza—. Pero mientras dure la lluvia, no hay otro en el que cobijarnos. No me agrada porque es triste y sombrío, nada más.

Para tranquilizarla, cogí una de sus manos, comprobando que temblaba ligeramente.

—Usted es diferente... Es un forastero. Pero yo... —no era sólo su mano la que temblaba sino también la voz—. No olvide que fue uno de mis antepasados quien realizó este destrozo... Quien cometió el sacrilegio... el salvaje asesinato de los pobres monjes, a los que todo el mundo quería por sus virtudes...

—¡Tonterías! —exclamé irritado—. No piense en eso, Louise. En los siglos pasados se cometieron muchas barbaridades. Pero estamos en el XX...

Lo único que faltaba era que la muchacha se dejara dominar por los nervios.

—Es que la leyenda dice que en noches como ésta...

Yo comprendía perfectamente lo que estaba ocurriendo en Louise. Era una muchacha moderna, culta e inteligente. Pero no podía evitar verse afectada por el clima ambiental de las sombrías ruinas. Para comprenderla mejor, basta con imaginar el lugar donde nos encontrábamos, la hora y los fenómenos atmosféricos desencadenados. La noche en el campo, siempre impone. Añádese a esto, una tormenta feroz, y los restos de una iglesia en cuyo interior se había efectuado un múltiple y bestial asesinato, y no resulta difícil comprender y justificar el estado de ánimo de mi bella compañera.

Iba a hablarle, en mi deseo de infundirle tranquilidad, cuando algo selló mis labios.

Se oyó un extraño ruido, como el que produce un reloj segundos antes de dar la hora, ruido de ruedas que giran, de cuerdas que se dilatan de maquinaria que se agita sordamente, y sonó una pampañada, dos, tres... hasta doce. Miré mi reloj, comprobando que era precisamente aquella hora. Apretando los dientes, cambié el curso de mi mirada hacia el campanario. Vi cómo se movían las campanas... sin que nadie tirara de la cuerda que las hacía doblar...

Louise exhaló un gemido y se abrazó a mí, hundiendo su cabeza en mi pecho. Noté cómo su cuerpo temblaba y en la oscuridad, su semblante era una mancha blanca nada más.

—Por favor —susurré—. Esto no es nada... La cuerda se habrá enanchado en alguna parte... O acaso el viento...

Aún no había expirado la última campanada cuando comenzó a oírse un acorde lejano que pudiera confundirse con el zumbido del aire, pero que era un conjunto de voces lejanas y graves, que parecían salir del seno de la tierra e irse elevando poco a poco, haciéndose cada vez más perceptible.

Retumbaban los truenos y la oscuridad del cielo se abría de vez en cuando por la luz lívida de los relámpagos.

Fue en aquel instante cuando me creí víctima de una pesadilla, al tiempo que mis cabellos se erizaban de terror.

Mal envueltos en los jirones de sus hábitos, caladas las capuchas entre los pliegues de las cuales contrastaban sus descarnadas mandíbulas, los blancos dientes y las oscuras cavidades de los ojos de las calaveras, pude ver los esqueletos de los monjes que surgían de las mismas entrañas de la tierra, levantando las losas del pavimento con sus manos descarnadas. Pero no era eso sólo; sonaba su voz baja y sepulcral, con una desgarradora expresión de dolor, recitando la oración:

Domine, secundum magnam misericordiam tuam...

Oí un suspiro y el cuerpo de Louise se relajó entre mis brazos. Al mirar su semblante, comprobé que la muchacha se había desmayado.

¿Qué puedo decir de mí?

No soy un hombre temeroso. Nada ni nadie era capaz de llenar mi alma de medrosidad. Y siempre me había burlado con las historias de ultratumba, pero esto que ahora contemplaba, juro que llevó el miedo a mi ánimo.

Miedo no es la palabra exacta; terror, pánico, pavor sin límites...

¿Qué iba a ocurrir entre los muros sombríos de la iglesia destruida? ¿Qué horror me vería obligado a presenciar, entre el fragor incesante de los truenos, la lívida luz de los relámpagos y

el viento que, de pronto, se había hecho huracanado?

Cuando los monjes llegaron al centro del crucero del templo, se ordenaron en dos filas para ir a arrodillarse ante el altar y allí continuaron su cántico, elevando sus voces. Y lo que era todavía más misterioso, más terrible, las notas del órgano se dejaron oír sin que nadie manejase el instrumento.

¡Espantoso Réquiem de difuntos el que yo estaba oyendo, entonado por esqueletos, mal cubiertos por hábitos destrozados!

No podía ser, estas cosas no podían pasar.

¡Pero pasaban!

No era una pesadilla, mis ojos lo veían claramente, mantenía mis sentidos a pleno funcionamiento, no era una visión, ni una fantasía de mi mente...

¡Dios mío!

Terrible noche ésta que estaba viviendo.

La iglesia en ruinas, las estatuas de santos destrozados, la tormenta rugiendo en toda su feroz intensidad, las filas de los espectros, las voces saliendo de sus bocas carcomidas, la oquedad de sus cuencas vacías, el espanto sin nombre de sus calaveras...

Un Réquiem de difuntos... ¡Santo Dios! ¿Acaso los espectros lo estaban entonando para nosotros?

¿Es que tanto la muchacha como yo íbamos a morir?

¿Sería nuestro destino que nuestros cuerpos quedaran yertos sobre las frías losas del destruido edificio para ser descubiertos, pasado el tiempo, por algún pastor que se atreviera, en pleno día, a pasar por aquellos temidos lugares?

Y si ese hipotético pastor no pasaba, nuestros cuerpos ¡rían descomponiéndose poco a poco, roídos por las alimañas, hasta quedar convertidos en esqueletos, al igual que el coro de monjes que seguía entonando el tétrico Réquiem.

Pensé en Simón. ¡Ah, si él hubiera podido saber el trance espantoso en el que me encontraba!

Continuaba la ceremonia; yo la presenciaba, absorto y aterrado, creyendo encontrarme fuera del mundo real, viviendo en esa región del sueño en que todas las cosas se revisten de formas extrañas y fantásticas.

Mis nervios estaban al punto del estallido; oía como mis dientes entrechocaban y el frío me penetraba hasta la médula de los huesos.

Y los espectrales frailes continuaban su monótona letanía.

Et in peccatis concepit me mater mea...

Se extinguían los ecos, retumbando de bóveda en bóveda; entonces se elevó un alarido tremendo, un grito horroroso formado por todos los lamentos del infortunio, de todos los

aullidos de la desesperación, de todas las blasfemias de la impiedad, espantoso grito que parecía condensar todo el dolor de la Humanidad.

Y allí estaban las osamentas de los frailes, abortos en su cántico.

Y un último grito, formado por docenas de gargantas.

—¡Maldito seas, conde Jean De Havilland! ¡Maldito seas, asesino, por toda la Eternidad! ¡Malditos tú y tus descendientes!

En este momento, mis sienes latieron con violencia, zumbaron mis oídos y caí sin conocimiento, perdiendo la noción de cuanto me rodeaba.

CAPITULO 5

EL CONDE JEAN DE HAVILLAND

CUANDO recobré el sentido, me encontré rodeado por un silencio absoluto. Un tanto aturdido, comprobé que Louise De Havilland continuaba estrechada contra mí, privada del conocimiento.

Algo me llamó la atención de inmediato. La tormenta había cesado por completo y el cielo se mostraba purísimo, sin una sola nube. Con respecto a los monjes espectrales, no se veía ni rastro de ellos. La derruida iglesia mostraba sus muros desnudos, el musgo y los arbustos crecía entre los entresijos de las losas del pavimento, el campanario se ofrecía silencioso y allí nada revelaba que hubiera ocurrido el tenebroso suceso causante de mi momentáneo desmayo.

«¿Habré sido víctima de un sueño?» pensé. Porque todo lo que yo recordaba era tan fantástico, tan increíble, que difícilmente una mente bien equilibrada podría admitirlo como real.

Si se me ocurría contar la historia, muy pocos iban a ser los que me concedieran crédito. Al contrario; corría el peligro de ser tenido como un visionario, o como un fenomenal embustero.

Ahí era nada. Toda una comunidad de frailes, muertos y enterrados siglos atrás, saliendo de sus tumbas para entonar un Réquiem de difuntos en una noche de tormenta.

Más valía que me callase, guardando el secreto para mí solo.

Pero una vez pasado el extraño suceso ¿qué ocurrió, en realidad? ¿Existió el hecho o todo fue un producto de mi imaginación?

La maldición de los espectros continuaba sonando en mis oídos. No sólo el conde asesino, sino todos sus descendientes habían sido incluidos en ella. Y la linda muchacha que seguía manteniendo entre mis brazos, descendía directamente del causante del brutal atropello...

Un suspiro me hizo mirar al rostro de Louise De Havilland. La muchacha había abierto los ojos y me contemplaba con el espanto reflejado en sus pupilas.

—¿Están... siguen ahí? —balbuceó.

—¿Quién? —decidí hacerme el inocente porque un vago instinto me advertía que lo mejor era negar el hecho y hacerle creer que lo que pudo ver fue imaginación suya y nada más. ¿A qué se refiere usted?

—Los frailes... Los vi... Eran esqueletos cubiertos por sus hábitos destrozados...

—No sé de qué me habla, Louise. Lo que a usted le ha sucedido es que sin duda agotada, perdió el conocimiento. Pero, mire, ya ha pasado la tormenta.

—Raúl, yo lo vi —casi sollozó—. Eran ellos... los frailes asesinados... Cantaban el Réquiem de difuntos...

—¿Qué frailes? Oiga, Louise, yo no he perdido el conocimiento ni un solo momento y no he visto nada. No he oído ningún Réquiem. ¡Ay, ya comprendo: Se trata de la leyenda, ¿no? Claro, usted ha sufrido una alucinación... Eso debe de ser.

Que estaba mintiendo como un bellaco, lo sabía yo mejor que nadie. Pero era un embuste necesario. Y no iba a ahorrar esfuerzos para convencerla de que había visto visiones.

—Mire en torno suyo, Louise. ¿Ve usted algo que revele que existió ese coro de frailes convertidos en espectros? No la critico, pobrecilla, estaba usted completamente agotada... Es lo que pasa con todas estas leyendas tétricas. Que cuando la mente se debilita uno cree ver y oír cosas inexistentes... Tranquilícese; la tormenta ha pasado y si usted conoce el camino, podemos seguir hacia el pueblo.

¡Vaya situación la mía! ¡Intentando convencer a la muchacha de que era una visionaria cuando, si así había sido, yo lo era también!

—Pero —ella abrió mucho los ojos, mirándome con fijeza—. Yo los vi...

—«Creyó» usted verlos, que no es lo mismo, Louise. Y no se preocupe. Esas cosas ocurren. Cualquier siquiatra se lo podría explicar mejor que yo. Muchas veces creemos ver y oír cosas que no existen. Pero ¡así es la mente! Todo depende del lugar y las circunstancias.

Mi tono debía ser muy convincente porque vi como ella comenzaba a dudar.

—¿Usted cree? —moduló dubitativa—. ¿Puede ocurrir eso?

—Seguro. Vamos, Louise, mire en torno suyo. ¿Qué ve? Nada que no sean unas viejas ruinas, vegetación salvaje y nada más. Pero, lo reconozco, como el escenario es de lo más sombrío, es natural que el ánimo se encuentre muy propicio para todo tipo de imaginaciones... Freud o Jung podrían explicárselo mucho mejor que yo. Mire, éste último, Carl Jung, en uno de sus libros cita un caso que le ocurrió. Una noche se despertó oyendo música. Abandonó el lecho fue hacia la ventana y pudo ver a una orquesta que tocaba en el jardín que rodeaba su casa. La vio y oyó. Luego, desapareció. Un tanto intrigado, regresó al lecho y tornó a dormirse. Para despertarse momentos después recordando perfectamente el sueño que había tenido. Nunca hubo músicos en

el jardín. Lo ocurrido es que soñó que los oía y que se levantaba del lecho para verlos... Y si eso le ocurrió nada menos que a uno de los genios de la siquiatria, dígame qué no puede sucedemos a los demás... Por tanto, lo ocurrido no puede estar más claro. Le ha pasado a usted lo mismo que a Jung. Ha creído ver y oír a un coro de espectros vestidos de frailes... La leyenda ha cobrado tanta fuerza en su mente, que ha convertido en realidad lo que en definitivas cuentas no era otra cosa que imágenes inexistentes en su subconsciente...

La verdad es que mientras le daba aquellas explicaciones, tomando como base a uno de los padres del psicoanálisis, yo pensaba que lo mismo, exactamente lo mismo, podía haberme sucedido a mí. O sea, que ya no se trataba de convencer a la muchacha de que había sufrido un espejismo mental, sino que también yo debía admitir el haber sido víctima de idéntico fenómeno.

Desde luego, llegar a esa conclusión y convencernos de que ésta era la explicación lógica a lo ocurrido, era lo mejor para ambos. Si admitíamos la posibilidad, tan sólo eso, la posibilidad de que hubiera existido algo real en el hecho, era indudable que empezaríamos a dar los primeros pasos que nos conducirían en línea recta hacia el sanatorio siquiátrico más próximo...

—¡Dios mío, pues he pasado un susto terrible! —exclamó la muchacha, pero percibí el alivio en su voz—. Aquellos frailes eran motivo más que suficiente para helar a cualquiera la sangre en las venas...

—Y, como no existieron, lo mejor es no pensar más en ello. Bueno, como le dije, la tormenta ha cesado por completo. ¿Qué le parece si reanudamos nuestro camino? Eso o dejar transcurrir la noche en este sitio.

Como impulsada por resortes, ella se puso en pie.

—Por nada del mundo me quedaría ni un solo minuto más en este horrible lugar. Vámonos cuanto antes, Raúl y le doy mi palabra que, ni de día, se me ocurrirá volver por estos parajes.

La noche era espléndida y parecía mentira que tan sólo unos minutos antes, se hubiera desarrollado una gran tormenta. Ahora el cielo estaba tan despejado de nubes, que la luna podía contemplarse en todo su diámetro y la luz que arrojaba era suficiente para ver donde poníamos los pies.

—¿Nos encontramos muy lejos del pueblo? —pregunté.

—No... A menos de kilómetro y medio.

Total, que la inoportuna tormenta nos había recluido entre las tétricas ruinas durante horas, cuando si esto no hubiera ocurrido, en menos de treinta minutos podíamos habernos encontrado en la

Cuando entramos en el pueblo, rondaban ya las dos de la madrugada. No fue de extrañar, por tanto, que las calles aparecieran desiertas. Lo que no fue obstáculo para que me diera cuenta que el núcleo urbano era muy pequeño; Ile-Sur-Mer era apenas algo más que una aldea.

—Espero que la taberna de Valery esté todavía abierta —dijo ella—. Desde allí podemos llamar por teléfono al castillo para que envíen un coche a recogerlos.

—Un momento, Louise. Yo antes debo ver al abogado Duclos.

—¿A estas horas? —me replicó ella—. No, Raúl, usted vendrá conmigo al castillo. Mañana tendrá tiempo de entrevistarse con Duclos. Además, el trabajo lo efectuará Vd. en mi casa, de modo que puedo adelantarle que gozará de nuestra hospitalidad. Es lo menos que puedo ofrecerle, después de cuanto ha hecho por mí esta noche.

—No he hecho nada, Louise. Ambos nos hemos beneficiado con nuestro encuentro. Eso ha sido todo.

—Bueno, cállese... Mire, allí está la taberna y, por suerte, abierta.

Nuestra entrada en el establecimiento produjo auténtica conmoción entre las escasas personas que se encontraban en su interior. Tres hombres, acodados en el mostrador, consumiendo sin duda las últimas copas de licor y un cuarto que limpiaba una mesa. Fue éste quien nos dirigió una mirada de estupor, en tanto exclamaba:

—¡Mademoiselle Louise! Pero ¿qué le ha ocurrido?

—Después, Valery. Ahora tengo que llamar por teléfono.

—Pero. ¡Está usted empapada! Tiene que cambiarse enseguida de ropa... ¡Marie! ¡Marie!

A las voces del tabernero, acudió una obesa matrona cuya mirada reflejó idéntico estupor al producido en los ocupantes de la taberna.

—¡Mademoiselle Louise! Venga conmigo, tiene que quitarse esas ropas. Le daré otras calientes... ¡Virgen santa! ¿Qué le ha pasado?

—Es que... He de llamar por teléfono a casa, Marie.

—Luego, mademoiselle. Primero tiene usted que entrar en calor. La oronda fémina se encaró con el tabernero, increpándole.

—¿En qué piensas, estúpido? Prepárele enseguida un ponche caliente a mademoiselle Louise, en tanto se cambia de ropa. Por aquí, mademoiselle... Vamos, venga conmigo.

Hablaba y se conducía con tanta autoridad que era difícil oponerse a sus deseos.

—Valery se encargará de llamar por teléfono al castillo para que envíen un coche. Ande, venga conmigo... ¡Cielo Santo! ¡Si está usted tiritando!

Con suavidad, pero con energía, empujó a Louise hacia una puertecilla que se veía a un lado del mostrador. La muchacha me dirigió una mirada, como indicándome que toda resistencia era inútil.

—No se preocupe —dije—. Aquí la espero.

Cuando desaparecieron ambas mujeres el tabernero me dirigió una mirada de interrogación.

—Verá —decidí explicarle—. Ocurre que a mademoiselle Louise se le estropeó su automóvil. La encontré en la carretera y para desgracia nuestra, algo más adelante, se averió también el mío. Ella dijo que no estábamos lejos del pueblo, así que decidimos hacer el camino andando. Nos sorprendió la tormenta... Lo demás, ya pueden ustedes figurárselo. ¡Ah! Me llamo Raúl Destriex y soy abogado. Vengo a ayudar a monsieur Duclos en ciertos trabajos en el castillo De Havilland.

—Monsieur, usted también está empapado. Es conveniente secar sus ropas... Venga conmigo, le prestaré algo mío, en tanto ponemos las suyas junto al fuego. ¡Ah, tome una copa de coñac! Le vendrá bien, le hará entrar en calor...

El obsequioso tabernero se apresuró a llenar una copa, ofreciéndomela. No me hice rogar y bebí el contenido de un solo trago. A fe que tenía toda la razón y que el ardiente liquido infundió nuevo vigor a mi organismo. Por la cara que puse, Valery debió suponer que deseaba más y volvió a llenarme la copa.

—Beba, monsieur.

Bebí. Y si el primer trago fue bueno, el segundo confirmó esta impresión. Fue como, sí de nuevo, la sangre circulase por mis venas, porque la verdad es que me encontraba casi aterido de frío.

—Y ahora, monsieur, acompáñeme.

No había pasado mucho tiempo y ya me veía metido dentro de unas ropas demasiado anchas para mí. Pero estaban secas y me servirían de maravilla hasta que se secaran las mías.

Cuando regresé a la sala dedicada a taberna vi a Louise luciendo una blusa y una falda que, sin duda, por pertenecer a la obesa matrona, todavía le estaban más grandes que las que el obsequioso Valery me había proporcionado a mí. A la muchacha le ocurrió lo mismo; ninguno de los dos pudimos contener la carcajada.

—Pronto nos recogerán, Raúl. Valery ha hablado con el castillo, explicando la situación y ya viene un automóvil hacia aquí.

Fuimos a sentarnos ante una mesa y de inmediato, Valery acudió con una gran jarra y un par de vasos.

—Ponche caliente —anunció—. Les vendrá bien.

Llenó los vasos hasta los bordes.

Como en el anterior caso del coñac, tenía toda la razón. El líquido, caliente nos vino muy bien. Valery, que era la obsequiosidad en persona, no se olvidó tampoco de proporcionarme cigarros. Un paquete de «Gitanes» y aunque no suelo fumar tabaco negro, cuando no hay otra cosa...

Por el respeto con que el tabernero trataba a mi compañera, me di perfecta cuenta de la sumisión que los pueblerinos tenían hacia los habitantes del castillo. Cada vez que Valery se refería al padrastro de Louise lo citaba como «el señor conde» poniendo gran énfasis en el título nobiliario.

En un momento dado, se abrió la puerta del establecimiento para dar paso a un mocetón vistiendo un uniforme azul y tocado con una gorra de plato que se apresuró a quitarse apenas distinguió a mi compañera.

—¡Ah, hola Paul! —se levantó la muchacha—. Has tardado muy poco.

Se volvió hacia mí, invitando:

—Vamos, Raúl. Mañana enviaremos por nuestras ropas.

Afuera esperaba un enorme automóvil negro, un «Lincoln Continental». El chófer abrió la portezuela delantera y se hizo a un lado para dejarnos paso. Apenas estuvimos instalados en el interior del vehículo, lo hizo arrancar y en seguida cobró velocidad, saliendo del pueblo.

Miré por la ventanilla y sólo divisé la negrura de la noche. Bien, mi verdadera aventura comenzaba en aquellos instantes. No tardaría mucho en estar frente al hombre que intentó matarme años atrás, pagándome así el servicio que ingenuamente le hice. Era un alivio para mí saber que no era el padre de la linda muchacha que tenía a mi lado; de ser así, mi misión me hubiera resultado mucho más difícil. Muchísimo más.

—¿En qué piensa, Raúl?

—¿Eh?

La cálida voz de Louise rompió mis pensamientos.

—Francamente, en nada. Si acaso, cavilo en qué tal le sentará a su familia mi intrusión. Llego sin haber sido invitado.

—Le he invitado yo, Raúl. Y eso es suficiente para que sea bien recibido en el castillo.

Después de sus palabras, ambos quedamos sumidos en el silencio.

No fue un trayecto muy largo. No había pasado mucho tiempo cuando la mole del castillo apareció ante mis ojos. Grandioso, era la palabra adecuada para calificarlo. Vi un techo y chimeneas, después ventanas y altas columnas a ambos lados de la gran puerta principal.

El automóvil se detuvo frente a dicha entrada, en cuyo umbral esperaba un hombre.

No tuve que mirarle a la cara para adivinar que me encontraba ante el conde Jean De Havilland. El hermano de Simón, el hombre que era su enemigo y el mío.

Los años no habían hecho gran mella en él; a excepción de su pelo, ahora canoso, en algunos lugares blanco, su fisonomía no se había alterado por el paso del tiempo. Los mismos ojos fríos y despiadados, idéntico gesto cruel en la boca; total expresión de hombre acostumbrado a hacer su voluntad y a que los demás se dobleguen ante sus deseos.

Observé, por la forma con que Louise miró a su padrastro, que le tenía miedo. Cosa que no me extrañó en absoluto porque el conde Jean De Havilland podía inspirar cualquier sentimiento, menos afecto. Era uno de esos individuos a los que apenas ve uno, los odia de inmediato.

—Espero que me expliques con detalle en qué necia aventura has estado metida —fue el saludo que hizo a la muchacha.

A mí, ni me miró, ignorándome totalmente, como si no existiera. Fue un desprecio tan grande que sentí como aumentaba el odio que sentía hacia él.

—Creía que Valery ya os lo había dicho por teléfono.

Se dibujó un gesto desdeñoso en la cara del aristócrata.

—¿Es que supones que voy a aceptar explicaciones de un tabernero? Bien, veamos ¿qué te ha ocurrido?

A todo esto permanecíamos en la puerta, sin que él se hiciera a un lado, para permitirnos la entrada.

Concisamente, Louise narró lo sucedido desde que nos encontramos en la carretera. Cuando el conde oyó que yo era el joven abogado que esperaba monsieur Duclos, me hizo el honor de cambiar la dirección de su mirada, posando sus pupilas en mi semblante. Continuaba frío, pero al menos, sus palabras se tornaron corteses.

—Discúlpeme, monsieur —dijo, alargándome la mano—. Ocurre que me sentía un tanto irritado por la locura de mi hija —yo pensé qué clase de locura habría cometido Louise— y eso acaso me ha hecho mostrarme un tanto descortés. Le repito que

debe disculparme. Por favor, pase.

El interior de la mansión era tan grandioso como su exterior. Techos altos, con hermosas molduras, grandes lámparas de infinitos cristales, espesas alfombras, pesados cortinajes, grandes chimeneas de mármol con fuegos cuyas llamas hacían brillar el barniz de los muebles.

El conde nos condujo a un saloncito donde ardían las velas de una docena de candelabros, nos invitó a sentarnos y tiró del cordón de la campanilla.

—Le aviso a tu madre que ya has llegado, Louise. Mientras baja, puedes ir a cambiarte esas horribles ropas.

La muchacha asintió con la cabeza, me dirigió una mirada de despedida y abandonó la estancia.

—¿Fuma usted, monsieur Destriex? —me alargó una lujosa pitillera de plata—. ¿Sí? Muy bien, acepte uno de mis cigarros. Me los envían directamente de Cuba. Una mezcla de tabaco rubio con negro, a la que he hecho poner mi marca. «De Havilland».

Aparte de soberbio, aquel hombre era fatuo. Me parecía mentira que pudiera ser hermano de Simón, tan diferente era de mi padre adoptivo el actual señor del castillo de los De Havilland.

—Louise es una joven un tanto alocada y, aunque no me agrada hacerlo, hay ocasiones en que debo reprenderla. Son obligaciones de padre, fácilmente comprensibles.

—Desde luego, monsieur De Havilland —contesté cortésmente.

—Llámeme conde, si no le molesta. Es una costumbre... Todos me llaman así.

Menos mal que no dijo que añadiera al título el calificativo de «señor», para que yo le tratara como si fuera uno de sus criados.

—Comprendo... conde.

—Muy bien. Monsieur Duclos me habló del abogado que esperaba, pero no creí que fuera tan joven.

—Tengo la suficiente práctica para garantizarle que conozco perfectamente las Leyes de este país. No tema por ese aspecto... conde.

—No lo dudo —asintió él—. Tengo plena confianza en monsieur Duclos. Es el abogado de la familia y lo conozco desde que tengo uso de razón. Si él le ha elegido a usted es porque posee plena constancia de sus conocimientos, monsieur Destriex.

En aquel momento, el conde Jean desvió sus ojos hacia la puerta y se levantó de inmediato.

—Mi esposa —anunció—. Madame la condesa.

La entrada de Mirelle de Saint Cyr fue realmente majestuosa. Avanzó, caminando lentamente, como una reina. Recordé todo cuanto Simón me había comunicado sobre ella y mentalmente di

la razón a mi buen padre adoptivo. Era una de las mujeres más altas que yo había visto en mi vida, de porte señorial y, a la vez, gracioso. Su cabello, recogido en un peinado alto y adornado con peinetas, era de color oro. Sus facciones, exquisitamente delicadas y el color de su cutis, muy blanco. «Ahora estoy seguro —pensé— de que Simón siempre estuvo enamorado de ti, reina».

—Mirelle, permíteme presentarte al abogado Raúl Destriex —presentó el conde—. Viene a ayudar al viejo Duclos en el asunto ese de la clasificación de documentos.

Me incliné ante la gran dama.

—Me complace mucho conocerlo —dijo ella con voz melodiosa—. Además, ya he visto a Louise y me ha contado su ayuda en la desdichada aventura de los automóviles averiados.

—Si a tu hija no se le ocurriera la descabellada idea de andar correteando por ahí, de un lado para otro, esa desdichada aventura no habría ocurrido —exclamó el conde con voz áspera.

—Es joven, Jean. Nosotros también lo fuimos y debemos comprender sus sentimientos. Y ahora, monsieur Destriex, estimo que usted deseará descansar.

Mirelle de Saint Cyr tiró del cordón de la campanilla y al poco aparecía un sirviente.

—Lucas, acompaña a monsieur Destriex a la habitación azul.

Hubo un intercambio de palabras corteses y seguí al criado subiendo unas grandes escaleras para ir a dar al piso superior y allí, siguiendo un ancho pasillo cuyas paredes aparecían cuajadas de hermosas pinturas, detenerme ante una puerta que el sirviente procedió a abrir.

—Si necesita algo, monsieur, únicamente tiene que tirar del cordón de la campanilla. Buenas noches y que descanse.

Me quedé solo en el dormitorio. Según me dijo el propietario del castillo, en la mañana siguiente enviaría a la taberna para recoger mis ropas y se ocuparía también de que mi automóvil fuera remolcado hasta el taller del pueblo y mi maleta transportada a la mansión. Pero todo esto no tenía la menor importancia ante otros aspectos de mi llegada a aquel sitio.

No tenía ni la menor idea de mis futuras actuaciones para buscar la perdición del conde Jean De Havilland. El asunto era complicado y la paciencia debería constituir mi arma secreta.

CAPITULO 6

LAS PRIMERAS PISTAS

UNOS ligeros golpes propinados en la puerta me hicieron abrir los ojos. Alargué el brazo, hice funcionar el aparato de luz de la mesita de noche y al comprobar la hora, vi que pasaban de las diez.

—Un momento — pedí.

De afuera me llegó la voz del sirviente de la pasada noche.

—Sólo se trata de entregarle su ropa y la maleta, monsieur. Paul fue a recogerla al pueblo. El señor conde me encarga que le diga que su automóvil ya ha sido llevado al taller y que esta tarde lo tendrá usted arreglado.

—Muchas gracias.

Salté de la cama, fui hacia la puerta y la abrí. El criado me entregó mis ropas, debidamente planchas, y la maleta que dejé en el automóvil.

—Cuando lo desee, puede desayunar el señor.

—En seguida bajo.

Tardé poco en ordenar las cosas que llevaba en la maleta. Luego tomé un baño caliente, me afeité y cuando estuve convenientemente vestido, bajé al piso inferior. Allí me esperaba el conde Jean; y era muy curioso porque su expresión adusta de la pasada noche había sido suplantada por un gesto de extremada cordialidad.

—Espero que haya descansado bien, monsieur Destriex. En seguida le servirán el desayuno.

Y tan «en seguida» ya que apenas había pronunciado las palabras cuando ya entraba un sirviente portando una bandeja con el servicio. Y lo que fue más extraordinario, el mismo conde se encargó de servírmelo.

—¿Té o café, monsieur Destriex?

—Café, por favor

—Mientras desayunaba, el conde no cesó de hablar.

—Como habrá observado, esta propiedad es muy grande. Le digo la verdad y sin ánimo de jactancia, que no sé ni las tierras de las que soy propietario. El sótano está lleno de legajos y esa es la tarea que deseo se encargue usted. Clasificar todos esos papeles y ponerlos en orden. Ocurre que debe haber colonos que en su vida me han abonado las tierras que usufructúan, de eso estoy seguro. En fin, yo nunca he sido hombre de papeleos y de ahí mi desidia a ese respecto.

—Comprendo —asentí entre bocado y bocado—, ¿Tiene usted más hermanos, conde?

Fue una pregunta atrevida, pero alguna vez había que efectuarla. Vi cómo fruncía levemente el entrecejo y luego meneaba la cabeza en gesto denegatorio.

—No. Tuve dos, pero ambos, desgraciadamente, murieron. Mi hermano Rupert fue el primer marido de mi esposa... Louise es hija suya. Murió a causa de un hecho muy doloroso...

—¿Un accidente de caza? —aventuré.

—¡Oh, no! Se encontraba muy bien cuando ocurrió el suceso... No fue eso que usted dice. Resulta que por esta comarca hay muchas víboras... Una noche, no se sabe cómo pudo ocurrir, alguno de estos ofidios se metió en el castillo y, sin duda, buscando el calor, se introdujo en el lecho de mi hermano. Cuando él se acostó, le mordió... Aunque avisamos en seguida al médico del pueblo y le proporcionamos los primeros auxilios, todo fue inútil... Mirelle creyó volverse loca... Una desgracia terrible, se lo aseguro...

Simón me había comunicado sus sospechas de que Jean fue el causante de la muerte de su hermano, pero no me narró cómo ocurrió el hecho, sin duda dejando que me enterase por mí mismo. Y ahora que lo sabía, las sospechas de mi padre adoptivo se convirtieron en certeza en lo que a mí respecta. ¡Es tan fácil capturar una serpiente venenosa y metérsela a otro en la cama!

—Comprendo —dije, procurando que mi semblante no revelase los pensamientos que bullían en mi mente—. Pero dijo usted que tuvo dos hermanos...

—Cierto. El mayor, Simón, ignoro lo que habrá sido de él, aunque tengo casi la certidumbre de que también ha muerto. En realidad, él hubiera debido heredar todo esto, pero, aunque me duela decirlo, resultó bastante malo... Desde niño reveló unos sentimientos crueles y malvados. Le gustaba martirizar a los animales, ¿sabe? En suma, mi buen padre al morir, cambió el testamento y lo desheredó totalmente. Las propiedades pasaron a poder de mi hermano Rupert y a su muerte, a mí... En lo que respecta a Simón un buen día desapareció y esta es la fecha en la que no he vuelto a saber absolutamente nada de él. Seguramente se marcharía al extranjero, acaso a América, quizás a Australia... No lo sé. Pero, repito, debe haber muerto Dios sabe en qué parte del mundo... Siempre fue un aventurero.

«Ni se marchó al extranjero, ni murió, canalla —pensé—. Tú hiciste todo lo posible por eliminarlo, pero vive. Y confío en que no tardarás mucho en comprobar que él, por mi mano, te ajustará las cuentas.»

—Bien —me puse en pie—. Debo ir al pueblo para entrevistarme con monsieur Duclos. ¿Podría facilitarme un coche, conde? Tengo entendido que el mío podré recogerlo a mediodía...

—Naturalmente, estimado monsieur Destriex. Paul le llevara...

Salimos al jardín que rodeaba la propiedad.

Afuera fuimos a dar con Louise. La muchacha, al verme, me obsequió con una sonrisa. Como hacía una mañana espléndida, lucía un sencillo vestido sin mangas y, desde luego, la muchacha estaba encantadora.

—¡Hola, Louise! —saludó el conde—. Nuestro buen amigo tiene necesidad de trasladarse al pueblo. Iba a darle orden a Paul para que lo llevase, pero pienso, que si no tienes inconveniente, puedes hacerlo tú...

—Ningún inconveniente —se apresuró a decir ella—. Venga conmigo, Raúl.

Al poco, recorriamos la carretera en un pequeño deportivo, un «Panhar». El aire, al tratarse de un coche descubierto, hacía ondear los cabellos de ella como una bandera de oro.

—Bueno, Raúl, ya conoce usted a toda mi familia.

—Todavía queda un miembro al que no conozco —le recordé—. Su hermanastro François.

—¡Ah, ése! Como no se presente de improviso, no creo que tenga usted ocasión de conocerlo. Casi nunca está en casa... Siempre anda viajando de un lado para otro. Ahora está en Inglaterra. Y ¿sabe lo que le digo? Que no se pierda usted nada al no conocerlo.

Lo que estaba oyendo coincidía plenamente con los informes de Simón. El hijo del conde Jean De Havilland era un sujeto desagradable cuyo carácter y forma de ser poco tenía que envidiar a su padre.

Al llegar al pueblo, Louise detuvo el automóvil delante de una casa, en la calle principal.

—Ahí vive el abogado Duclos, Raúl. ¿Dónde quiere que le espere?

—Bueno... —consulté mi reloj—. Dentro de un par de horas, tendré mi coche arreglado, pero podemos regresar juntos. ¿Le parece bien en el taller de reparación de automóviles, dentro de esas dos horas?

—De acuerdo.

* * *

Monsieur Duclos resultó ser un apergaminado viejecillo, de vivos y astutos ojos ratoniles. Apenas le comuniqué quién era y

las circunstancias por las que no había ido a verlo la noche anterior, se frotó las manos, como si las tuviera heladas, y fijó en mí su penetrante mirada.

—No ha perdido usted el tiempo, mi joven amigo. Eso se llama llegar y besar el santo. Claro que —añadió con intención—, En este caso no se trata de ningún santo, sino de un demonio... Si el conde Jean supiera las intenciones que le llevan a usted al castillo, no daría un solo céntimo por su pellejo, «mon amie».

—Tampoco usted saldría muy bien librado si supiera la relación que le une con su hermano Simón.

—Desde luego —asintió—, Pero no le temo. Llevo años aguantando la ira que me causó la sucia faena que le hicieron a Simón. Años fingiendo, poniéndole cara de sumisión... ¡Ah, si usted consigue desenmascarar a ese canalla, ese será el día más feliz de mi vida! ¿Sabe ya lo ocurrido con el otro hermano, Rupert, el primer marido de Mirelle?

—El conde me lo dijo. Un desgraciado accidente; la mala suerte hizo que una víbora, buscando el calor, se metiera en su cama.

—Efectivamente, fue una desgraciada «casualidad» —me miró a los ojos el anciano abogado—. Naturalmente, yo fui uno de los que no se tragó el cuento... Ahora bien, una cosa son las sospechas y otra muy distinta, poder probar las cosas. De modo que el asunto se cerró así y el conde Jean no tuvo complicación alguna para apoderarse de unos bienes que, en justicia, continúan perteneciendo a Simón, porque el testamento paterno es falso... Desgraciadamente, tampoco puedo probarlo.

¿Y qué me dice usted de Mirelle de Saint Cyr? ¿Cómo se explica que apenas pasados unos meses se casara con el asesino de su marido?

Monsieur Duclos hizo un gesto evasivo.

—Pues.. Sinceramente, no puedo darle la menor explicación. Supongo que fue coaccionada por Jean, pero ignoro los motivos. Esa es otra de las cosas que usted tendrá que averiguar.

—Demasiadas cosas para un hombre solo ¿no le parece? —gruñí, porque claramente adivinaba que aquel viejecillo no me iba a servir de la menor ayuda.

—Le diré algo, mi joven amigo. No estará tan solo como puede suponer. En el castillo encontrará un eficaz auxiliar. El jardinero Pierre vive y trabaja allí desde que nació. Si alguien está entelado de cuanto pasa en la mansión, es él. Quería mucho a Simón, de modo que no tenga usted reparo en contarle la verdad. Le ayudará en todo lo que pueda.

«Bueno —pensé— algo es algo.»

—¿Qué me dice usted de la hijastra del conde, Louise?

—inquirí.

—Pues que es una buena muchacha y que el hombre que consiga su cariño, ya puede decir que es el más afortunado del mundo.

No sé si fue figuración mía o en las palabras del anciano abogado hubo un acento muy marcado de malicia, ya que mientras hablaba, no me quitó ojo de encima.

—Yo hablaré con el conde —dijo Duclos—. Alegaré algún impedimento para no acudir al castillo los primeros días y dejarle a usted libertad de acción... Un inoportuno resfriado, por ejemplo... Pero le recomiendo que tenga mucho cuidado. Jean De Havilland podrá ser malvado, pero no tonto. La menor sospecha por su parte de que su hermano Simón vive y usted es un enviado suyo, desencadenará la catástrofe. El conde es hombre que no se detiene ante nada. No lo olvide.

Y en eso iba pensando cuando, después de abandonar la casa del viejo abogado, me encaminaba hacia el taller de automóviles.

Allí encontré a Louise, charlando con un individuo, ya de alguna edad, embutido en viejo mono azul.

—Hola, Raúl —me saludó la muchacha—. Su automóvil ya está arreglado. Como usted supuso, era la bomba de la gasolina. Pero Ferdinand me estaba diciendo algo del mío que no deja de extrañarme... Según él, alguien limó mis frenos... y fue un milagro que no me estrellará.

Miré al mecánico. Tenía una cara de rasgos honrados y, desde el primer momento, me pareció un buen hombre.

—Bueno, el hecho es extraño —dijo—, Pero no hay equivocación... No sé a qué puede deberse, pero estoy seguro de que la avería fue provocada. Pienso que debiera usted comunicárselo al señor conde, mademoiselle Louise. Alguien, por lo que sea, no la quiere bien...

—Ferdinand —dijo ella— ¿Puede usted hacer llevar mi coche al castillo? Yo regresaré con monsieur Destriex, en el suyo.

—Claro, mademoiselle Louise. Pero no olvide lo que le he dicho... El señor conde debe enterarse de lo ocurrido.

Ya en la carretera, Louise expuso en alta voz los pensamientos que bullían en la mente de ambos.

—Raúl ¿qué piensa usted de lo que ha dicho el dueño del taller? Conozco a Ferdinand desde que era niña y jamás sé de un hombre más honrado que él. Además, conoce perfectamente su oficio.

—Ya sabe aquello de que «el mejor maestro, echa un borrón». No dudo de que los frenos se hayan averiado, pero de eso a afirmar que alguien los estropeó a cosa hecha, hay un abismo. Si

yo fuera usted, no daría mucho crédito a esa información. ¿Quién podría hacerlo, y por qué motivo? ¡Bah! Ese Ferdinand se ha equivocado y eso es todo.

Yo estaba seguro de que el buen mecánico no se había equivocado. Pero la intención que me guiaba era tranquilizar a la muchacha. Mis sospechas llegaban mucho más lejos de lo que ella podía imaginar. Llegué a temer que el autor de la fechoría no hubiera sido otro que su padrastro. Y como los eslabones van unidos unos a otros, también yo fui reuniendo datos, para llegar a la conclusión de que el siniestro propietario del castillo ya sabía quién era yo y para qué había ido. Quizás tuviera desde hacía tiempo decidido eliminar a su hijastra, pero mi llegada aceleraba sus planes.

—Acérquese al borde del camino y pare el coche, Raúl

—la oí decir de pronto—. Quiero que hablemos.

Un tanto extrañado ante su petición, hice lo que me pedía. Corté el encendido y esperé sus palabras.

—Raúl ¿vive su padre? —fue la inesperada pregunta.

—¿Cómo? Sí, claro que sí...

Ella me miraba fijamente a la cara.

—Es muy extraño, pero sus facciones me recuerdan a las de mi tío Simón... Yo era muy niña cuando desapareció, pero lo recuerdo perfectamente.

Entonces, sí que sentí cómo la alarma se apoderaba de mí. «Por lo que más quieras, Louise —pensé— no digas eso jamás delante de tu padrastro. No lo digas nunca, nunca.» Por otra parte, no sé de dónde podría haber encontrado Louise aquella idea, ya que Simón tan sólo era mi padre adoptivo, sin que nos unieran lazos de sangre.

—¿Tienes novia en alguna parte, Raúl?

Otra sorprendente pregunta, así como el tuteo que empleó

—No —denegué—. No tengo novia en ninguna parte.

—¿Te gusto, Raúl?

Yo iba de sorpresa en sorpresa. Si sus anteriores preguntas fueron inesperadas, la última era sorprendente. Mi contestación fue abarcarla por los hombros y posar mis labios sobre los suyos.

—¿Es esta suficiente respuesta? —modulé, finalizado el beso.

—Lo es, Raúl. Me casaré contigo cuando quieras. Haré cuanto tú dispongas, bueno o malo, el tiempo que desees. A cambio, sólo te exijo una cosa. Tienes que prometerme que nos iremos de aquí; que me alejarás del castillo a un lugar donde nadie pueda encontrarme jamás.

CAPÍTULO 7

LA PRIMERA MUERTE

SU cara se mostraba muy pálida, pero sus facciones revelaban un gesto de inflexible determinación.

—¿Quieres decirme, Louise, qué motivos hay para que intentes huir de tu casa?

—No puedo decírtelo, Raúl, pero te aseguro que son fuertes, y poderosos. Y te voy a pedir algo muy importante. No menciones a nadie lo que te he dicho, no repitas ni una sola de mis palabras.

—Tienes mi promesa, Louise. Y también yo debo decirte algo. Te quiero y te juro que eres la primera mujer que oye esas palabras de mis labios. Pero ahora no puedo llevarte conmigo, no puedo abandonar el castillo, por razones de las que no me es dable hablar. Algún día sí que podré hacerlo y entonces ambos podremos ser libres para amarnos y casarnos. No me preguntes por esos motivos, como yo no te pregunto por los tuyos. Sólo puedo decirte algo; que es posible que, sin abandonar «Château Havilland», un día tú seas la señora de todas estas propiedades.

Me miró fijamente, impresionada por mis palabras. Le temblaron los labios antes de preguntar:

—¿Quién eres, Raúl, quién eres en realidad? Algo me hace sospechar que tu apellido no es el verdadero. Que tampoco has venido al castillo para ayudar a monsieur Duclos, sino empujado por otras razones que aun desconociéndolas, me hacen temer por ti. Has dicho que un día yo puedo ser la señora del castillo y eso, si me caso contigo, sólo puede ocurrir si tú te conviertes en su propietario...

Abrió la boca asaltada por la solución de aquel enigma, en tanto sus ojos revelaban la impresión que la dominaba.

—¡Dios mío! ¡Ahora lo sé! ¡Tú eres hijo del tío Simón...! ¡Tú puedes ser el futuro conde De Havilland! ¡Tu verdadero nombre es Raúl De Havilland! Eres mi primo... Somos primos, entonces...

Había llegado a una conclusión errónea, aunque muy próxima a la verdad. Pero a mí no me convenía que siguiera creyéndola. Una vez más resonaron en mis oídos las advertencias de Simón: «Nadie, nadie debe saber quién eres ni los motivos que te llevan al castillo. La menor indiscreción puede hacer fracasar tus planes.»

—Te equivocas, Louise —dije con voz firme—. Te juro que no soy hijo de ese tío tuyo —y no mentía— y, por lo tanto, ningún parentesco nos une.

—Siendo así, no comprendo...

—Te pido que tengas confianza en mí, como yo la tengo en ti. Guardemos nuestros mutuos secretos hasta que ambos podamos revelárnoslos mutuamente.

—Tienes razón —asintió—. No es justo que si yo te mantengo algo oculto, tengas tú que revelarme aquello que no juzgas conveniente hacer. Tengamos confianza el uno en el otro, Raúl.

Volví a besarla y estableciendo el contacto, orienté al automóvil hacia el castillo. Algo me decía que los acontecimientos iban a precipitarse...

* * *

El día pasó sin incidencias dignas de mención. A la comida no asistió el conde Jean; su esposa Mirelle me dijo que había tenido que solventar unos asuntos en la capital del departamento y que no regresaría hasta la noche. Por cierto, en aquellas horas de convivencia pude darme perfecta cuenta de que la esposa del propietario, era una mujer no sólo muy bella, sino sumamente inteligente. Y esta circunstancia hizo que aumentara la intriga que sentía sobre cómo una mujer como aquélla pudo casarse con el bárbaro Jean De Havilland. Su primer marido era hermano de éste y había muerto en circunstancias sumamente extrañas y sospechas. ¿Cómo era posible que su viuda no esperara ni seis meses para volverse a casar con el principal sospechoso del oscuro suceso?

Por la tarde, decidí darme una vuelta por los jardines, recordando la recomendación que me hizo el viejo abogado sobre el jardinero, el tal Pierre.

Lo encontré en un lugar solitario, lo que me alegró, pues así podíamos hablar sin testigos. Era un hombre muy viejo, menudo y cuyo semblante parecía un mapa, tantas arrugas tenía.

No tuve que hablar mucho para que en seguida se diera cuenta de quién era yo y lo que pretendía. Me dijo que los informes que Simón recibía sobre la vida en el castillo era él quien se los hacía llegar a través del abogado Duclos. Cada vez que citaba al conde Jean, el odio se reflejaba en el tono de su voz.

—Es un miserable, monsieur —me dijo el jardinero, con apasionamiento—. Le robó al pobre monsieur Simón lo que era suyo. Además...

—Además ¿qué, Pierre? —le animé—. ¿Cuál es la verdad en la historia esa de la serpiente que se le metió en la cama al primer marido de madame?

El jardinero no me contestó y miró a un lado y otro. Era evidente que no se sentía tranquilo.

—Monsieur, aquí no podemos hablar. Usted no lo sabe, pero el conde tiene ojos y oídos en todas partes... Oigame; vaya esta noche a la capilla del castillo... Le espero a las doce. Allí nunca va nadie...

Suspiró.

—Es como si el demonio se hubiera apoderado de todos desde que el malvado Jean se apoderó de lo que no era suyo. Nadie recuerda que hay un Dios y que, de vez en cuando, es muy conveniente rezarle... Váyase, monsieur, váyase. Le espero a las doce...

—Pero ¿cómo sé yo dónde está la capilla, Pierre?

Me lo dijo, recomendándome que no encendiera las luces. Si tenía una linterna, debería utilizarla. De lo contrario, una vela serviría, o un candelabro, algo que no diera mucha luz.

Excuso decir con la impaciencia que dejé transcurrir el día. Una y otra vez consultaba el reloj, como si quisiera contagiar a las horas mi deseo de que el tiempo avanzara rápidamente. Alegando que tenía que consultar unos libros de Leyes sobre determinado caso que había dejado pendiente en París, me recliné en mi habitación, donde hice un consumo exagerado de cigarrillos. Apenas hube cenado, volví a exponer la misma disculpa con el fin de retirarme inmediatamente a mi dormitorio. Posiblemente, Louise se sintió un tanto extrañada porque sorprendí, en un par de ocasiones, sus ojos fijos en mi semblante.

En mi habitación, decidí armarme de paciencia, en espera de la hora fijada. Lo único que me preocupaba era el pensamiento de que todavía hubiera alguien levantado en aquella hora de la noche; del conde Jean no lo temía ya que su esposa me había dicho que no regresaría al castillo hasta altas horas de la madrugada. Por tanto, ausente él, era una magnífica ocasión para entrevistarme con el jardinero y escuchar lo que éste tuviera que decirme.

Oí las campanadas de las once y seguí esperando. Por fin, lentas y pausadas, sonaron las doce. Entonces, calzando unas zapatillas de suela de goma y portando una linterna, abrí con sigilo la puerta del dormitorio. El pasillo permanecía débilmente iluminado y no se veía a nadie, ni se escuchaba ruido alguno. La señora de la mansión, Louise y los criados debían haberse retirado a descansar.

Con mucha prudencia, posando suavemente los pies sobre el pavimento recorrí el pasillo, descendí las escaleras y atravesando la gran sala central, me orienté hacia la capilla que, según las circunstancias de Pierre, estaba en el ala izquierda del edificio.

El foco luminoso de la linterna me proporcionaba la suficiente luz para saber por dónde iba; así, atravesé una serie de salas hasta ir a dar con una puerta de madera labrada. «La capilla», pensé. Bueno, si el jardinero había cumplido su palabra era evidente que estaría aguardándome en el interior. Con infinito cuidado, empujé

la puerta y los nervios se me pusieron de punta cuando los goznes emitieron un chirrido. Me detuve, prestando oído, pero nada sucedió. Así pues, terminé de abrir la puerta y lancé la luz de la linterna al interior. La capilla era bastante grande, al fondo estaba el altar y, lo que más me extrañó, a ambos lados, un par de candelabros iluminaban débilmente la estancia. El silencio era absoluto; en cuanto al jardinero no se veían rastros de él. Allí no había nadie. Absolutamente nadie. Consulté mi reloj, viendo que ya pasaban diez minutos de las doce. ¿Por qué motivo se retrasaba el anciano sirviente? En honor a la verdad he de decir que aquel sitio no me gustaba en absoluto. Demasiado sombrío, demasiado silencioso. Me armé de paciencia y fui a sentarme en uno de los bancos, escogiendo el rincón más oscuro.

Pasaban los minutos y nadie acudía.

De pronto, comencé a escuchar un sonido, al principio muy débil, luego cobrando cierta intensidad. Y, apenas reconocí aquellas notas, sentí como se me erizaban los cabellos.

¡Las voces cantaban el Réquiem para difuntos que oí a los espectrales monjes del destruido monasterio!

No era posible. Allí no había nadie, yo estaba solo... ¿Solo? Pronto tuve que salir de mi error.

¡No estaba solo!

Salidos de no sé dónde, acaso brotando del pavimento, pude ver una larga fila de frailes que se dirigían pausadamente hacia el altar. Pasaron tan cerca de mí que con sólo alargar la mano, hubiera podido tocarlos. Y ¡Oh, Dios mío! eran los mismos espectros de la iglesia derruida. Los hábitos rotos, convertidos en jirones, los huesos de los esqueletos, las calaveras, los ojos de vacías cuencas...

¡Horror, aquello no podía ser!

Pesadilla.

Era una infernal pesadilla.

Tal era mi pavor que quise moverme y no pude. Los miembros no obedecían los mandatos de mi cerebro y allí estaba, como encadenado al banco, con los ojos desorbitados y la lengua pegada al paladar, contemplando el macabro espectáculo.

Vi como los monjes se situaban ante el altar y su voces cobraban intensidad en un coro que a mí se me antojó demoníaco. Lo de menos era que aquellos espectros vistieran hábitos religiosos. Para mí, eran abortos que brotaban del infierno...

Horrorizado, oí el tétrico Réquiem, cantado por la fila de espectros. Y no podía hacer nada, no podía huir, porque mis miembros continuaban inmovilizados.

Cuando cesó el espantoso Réquiem, hubo algo como un enorme suspiro. E inmediatamente después, el espectro que parecía ser el cabecilla de la sombría fila, se adelantó hacia el centro de la capilla y hasta mí llegó su voz cavernosa:

—¡Maldito seas, conde Jean De Havilland! ¡Mil veces maldito, asesino! ¡La maldición caiga sobre ti y tus descendientes!

Luego, horrorizado, pude ver cómo el fantasma, espectro o visión infernal se dirigía hacia el sitio donde yo estaba. Sus pasos eran lentos, pero firmes y seguros. Por una extraña coincidencia, o casualidad, ya no sé ni lo que mi imaginación pensaba, aquel espectro era el único que lucía un sayal en perfectas condiciones, sin rasgaduras. Un sayal que envolvía su cuerpo por entero y una capucha que tan sólo dejaba visible parte de su calavera. Y tenía ojos... ¡Dios, unas pupilas que parecían despedir fuego y que me miraban de tal forma que la sangre se helaba en mis venas!

Se plantó delante de mí y cerré los ojos para no verlo. Si había llegado mi última hora, que fuera cuanto antes.

—Sígueme —oí la voz cavernosa del espectro.

Quise hablar y no logré articular ni una sola palabra; tenía la lengua pegada al paladar.

—Sígueme y no temas —volví a oír la voz de ultratumba de aquel ser de pesadilla—. Nuestra maldición no te concierne. Tú no llevas en tus venas la sangre maldita de los De Havilland. Al contrario, tú eres nuestro vengador... Sígueme y te ayudaremos en tu venganza.

Bueno, una cosa era segura. Sí daba crédito a lo que estaba oyendo, yo nada tenía que temer. Pero ¡era increíble lo que estaba pasando! ¡Yo, un hombre del siglo XX, un descreído total, enfrentado a un espectro, al fantasma de un hombre que vivió siglos atrás!

—Tú esperabas al «bon» Pierre —siguió la voz cavernosa—: No te extrañe... Para los que ya no estamos en este mundo, no existen los secretos. Y el «bon» Pierre te iba a comunicar algo muy importante... Ven conmigo. Yo puedo decirte más que él... Yo puedo presentarte las pruebas que has venido a buscar... No temas, mortal. Sígueme.

Adelantó su brazo y al instante comprobé, lleno de asombro, que mis piernas comenzaban a moverse en la dirección que él indicaba. Así, forzado por una fuerza superior a mí, caminé detrás de él, ignorando el destino que me tenía deparado. Volví la cabeza para dirigir una última mirada a la capilla y ante mi asombro la encontré desierta. Ni rastros de los frailes compañeros del que ahora me precedía. Todo era silencio y soledad. Como si nunca hubiera estado allí la larga fila de monjes...

Con la cabeza convertida en un caos, seguí tras el espectro, o lo que fuera porque yo ya dudaba de todo. Hasta de que estuviera viviendo una aventura real y todo aquello no fuera otra cosa que un sueño. No era para menos.

El delante y yo detrás, caminamos en silencio por pasillos y salas hasta dar a una puerta que se abrió sin que nadie la tocara.

Pude ver unas estrechas escaleras que descendían en espiral; unas escaleras que debían ser muy antiguas porque la piedra que formaban sus escalones estaba carcomida por el tiempo. Aquello era una especie de pasillo abovedado que bajaba en dirección a la parte baja del edificio. El monje sacó no sé de dónde una vela encendida y la elevó sobre su cabeza, iluminando el pasadizo. Y así, siempre, él delante, bajamos las escaleras hasta dar en una estrecha galería, también abovedada. El lugar era muy húmedo porque las paredes rezuman agua.

El miedo no se me había pasado, ni mucho menos, pero comenzaba a recobrar mi confianza. Por el momento, aquel ser, vivo o muerto, no parecía albergar malas intenciones, de modo que aunque la aventura no podía ser más extraña, cabía la esperanza de que tuviera un desenlace no demasiado desagradable.

De todos modos, lo que estaba ocurriendo no podía ser más extraordinario. ¡Yo, un hombre que vivía en el siglo de la más avanzada civilización, hundiéndome en las profundidades de un castillo edificado siglos atrás y guiado nada menos que por un espectro!

Estas cosas no pasan, no pueden pasar...

En cualquier momento me despertaré en la cama, y todo habrá sido una pesadilla.

Sí, claro, pero ¿la cita con el jardinero también formaba parte de la pesadilla?

Y ¿dónde estaba Pierre y por qué no había acudido a la capilla?

Siguiendo al sombrío monje caminamos por una galería para ir a dar a una sala bastante grande. Y lo que allí vi fue motivo más que suficiente para que se erizaran mis cabellos.

¡Dios, estábamos en la sala de tortura!

Potros, ruedas, poleas, toda la serie de terribles instrumentos de los que se habían valido los nobles de pasados siglos para torturar a sus rebeldes vasallos, allí lo tenía ante mi vista.

Imagínese el lector, si puede, mi estado de ánimo.

En plena noche, sumido en las profundidades del edificio, en una siniestra sala mal iluminada por el velón que portaba aquel ser de pesadilla... Sin un arma, aunque ¿de qué me hubiera servido? A los espectros no les hacen mella las balas.

—No temas, mísero mortal —volví a oír la voz cavernosa del monje—. Te he traído aquí para entregarte las pruebas que buscabas. Ven.

Me señaló lo que parecía ser una hornacina incrustada en la pared.

—Abrela —me ordenó—. Ahí, en la caja que encuentres, están las pruebas que ansias.

Fui hacia el lugar que me indicaba y me incliné para tomar un pequeño arcón. Y en aquel instante, el techo pareció desplomarse sobre mi cabeza, vi miles, millones de estrellas y perdí el conocimiento.

* * *

Al recobrar el conocimiento, lo primero que vi fue una figura humana que se balanceaba ante mis ojos.

La luz no era muy clara, porque la proporcionaba el velón que había portado el monje, ahora colocado en el pavimento, no lejos del sitio que ocupaba aquella figura. De todos modos, cuando mis pupilas se adaptaron a la luz ambiental, pude reconocer de qué se trataba.

La figura correspondía al cuerpo del desgraciado jardinero Pierre y pendía de una polea, con una cuerda rodeando su garganta. Lo que yo estaba viendo era un ahorcado... Y hubo algo más. Cuando intenté alejarme del muro, comprobé con gran horror, que no podía hacerlo. Una fuerte argolla de hierro rodeaba mi cintura y su cadena iba a fijarse en el muro...

Estaba prisionero en aquella espantosa cámara de tortura, sin más compañía que la del cadáver del jardinero, cuya cara lívida y sus ojos fríos, me producían terror.

Y nadie, absolutamente nadie, sabía el terrible trance en el que me encontraba.

Quien fuera el autor de mi actual y dramática situación, había hecho un buen trabajo al condenarme a morir de hambre y sed en aquella siniestra mazmorra...

CAPITULO 8

PAGINAS DEL DIARIO DE LOUISE DE HAVILLAND

Y ahora, es Louise De Havilland quien toma la palabra, al ir anotando en su diario las impresiones que la asaltan y los hechos que llaman su atención.

¿Quién es Raúl?

Esta es la pregunta que me tortura y a la que no encuentro una respuesta adecuada.

Desde el primer momento que lo vi, tuve la certeza de que era el hombre que yo había estado esperando, el único capaz de despertar en mi corazón sentimientos de amor.

Pero también sentí algo más; la extraña sensación de que Raúl no era aquello que quería aparentar. Que su llegada al castillo obedecía a unos móviles que yo no acertaba a adivinar, pero que eran distintos a la simple ocupación de auxiliar del buen monsieur Duclos. Era cierto que yo podía interrogar al anciano abogado de la familia y hábilmente sacarle la verdad. Pero me repugnaba apelar a semejantes métodos. Si Raúl quería conservar su secreto, yo debía respetar su voluntad. A fin de cuentas yo también le estaba ocultando algo. Casi llegué a decírselo aquella misma mañana, al regresar del pueblo. Me faltó poco, pero no me atreví. ¿Cómo decirle que sentía miedo hacia mi padrastro, que desde niña los únicos sentimientos que me inspiró fueron repulsión y odio? ¿Y mi madre? ¿Qué podría decir de mi madre? Era la mujer más maravillosa del mundo y yo la adoraba. Pero desde que se casó con el hermano de mi padre, este hombre al que detesto, mi madre ha cambiado mucho. Es como si él ejerciera un dominio total sobre ella; ha perdido la voluntad y sólo hace todo cuanto mi padrastro dice. Yo no acierto a explicarme qué puede ocurrirle. Si obedeciera por temor, eso es algo que yo hubiera sorprendido; existen cientos de detalles que revelan estas cosas. Pero no es así, porque más de una vez he sorprendido la mirada de mi madre clavada en el semblante de su marido y en sus pupilas se reflejaba el amor... Mi madre lo ama, eso es evidente. ¿Cómo puede sentir tal sentimiento hacia un hombre de quien llegó a decirse...? ¡No, Dios, no debo ni siquiera pensarlo!

No es extraño que sumida en tan negros pensamientos, pasara una noche de insomnio y abrumadoras pesadillas. No es, pues, de extrañar, que estuviera deseando que llegase el nuevo día.

Cuando bajé al saloncito, encontré a mi madre desayunando. Pero

estaba sola, lo que no dejó de extrañarme.

—Buenos días, querida —me saludó, indicándome una silla junto a ella—. En seguida te servirán el desayuno.

—¿Y... papá?

Dios sabe el enorme trabajo que me costaba dar este calificado al hombre aborrecido. Lo hacía por mi madre, sólo por ella.

—Regresó muy tarde y todavía sigue en la cama.

—Ya. ¿Monsieur Destriex?

Antes de contestar, terminó de beber el contenido de la taza.

—No lo sé. Deben habersele pegado las sábanas. Naturalmente, no es cosa de cometer la incorrección de despertarle.

—Desde luego —asentí.

Me sirvieron el desayuno que consumí en silencio. Mientras lo hacía no dejaba de percibir la mirada de mi madre, fija en mi semblante.

—Es un muchacho encantador.

—¿Quién, mamá?

Hubo una luz de malicia en sus pupilas.

—No te hagas la ingenua, Louise, demasiado sabes a quién me refiero.

—Bueno —cambié la dirección de mi mirada, evitando fijar mis ojos en su cara—. Es muy simpático...

—Y guapo —insistió mi madre—. Muy guapo... Es curioso, pero su rostro me resulta vagamente familiar... Es como si le hubiera visto en otra parte, aunque no recuerdo dónde.

Silencié que la misma impresión había sufrido yo.

—Bueno, Louise. ¿Qué plan tienes para hoy?

—No lo sé, mamá. Quizás me acerque al pueblo.

—En este caso, puedes hacerme un favor. Tu padre me dejó anoche un sobre para que le fuera entregado a monsieur Duclos. Iba a enviar a Paul, pero si tú vas al pueblo, no te importará acercarte a la casa del abogado.

—En absoluto, mamá —contesté distraídamente porque estaba pensando en Raúl y lo extraño que resultaba que permaneciera tanto tiempo en su dormitorio.

Mi madre me dejó sola para volver casi inmediatamente, llevando un sobre en la mano que me entregó.

Cuando salí, el sol me dio en la cara. Hacía un día magnífico, con un cielo purísimo, sin una sola nube. Fui al garaje encontrando allí a Paul, nuestro chófer, que se ocupaba en la limpieza del gran «Lincoln Continental».

—El señor conde debió recorrer ayer unos caminos muy malos, me dijo. El coche estaba lleno de barro...

¿De barro? Miré la lujosa carrocería del vehículo y, efectivamente, aquellas partes que no habían sido ya limpiadas,

ofrecían un aspecto muy sucio. Y esto fue algo que me extrañó muchísimo; mi madre me había dicho que mi padrastro tuvo que trasladarse a la capital del Departamento. La carretera en aquella dirección era magnífica, asfaltada en su totalidad. Siendo así... ¿Cómo el vehículo ofrecía un aspecto de total suciedad, con polvo y barro en todas sus partes?

Pensando en esto, ocupé el deportivo y salí del garaje.

* * *

Al llegar al pueblo, me detuve en la taberna de Valery. Siempre que iba a Ile-Sur-Mer, me agradaba saludar a la obesa esposa del tabernero. Entre otras cosas porque la gruesa matrona era un vivero inagotable de noticias. Todo cuanto pudiera ocurrir, ella lo sabía. De qué medios se valía, era cosa que yo ignoraba pero, ni en el pueblo ni en la comarca se movía una hoja de un árbol sin que ella se enterase.

Madame Valery estaba en la puerta de su establecimiento; apenas me vio, una ancha sonrisa entreabrió sus labios.

—Buenos días, mademoiselle Louise. ¿Puedo servirla en algo?

Se acercó al coche, inclinándose sobre mí. Antes de hablar, miró a un lado y otro, como si temiera ser espiada. Luego susurró en un hilo de voz.

—Charlott, el pastor, ya lo conoce... Anoche pasó por el viejo monasterio y dice...

Se detuvo, como gozándose en la expectación que despertaron sus palabras en mí.

—... dice que distinguió luces y que oyó el fúnebre cántico de los frailes... y huyó aterrorizado. Y usted ya sabe, mademoiselle, que la leyenda afirma que cuando esto sucede es que va a ocurrir una gran desgracia en el pueblo...

Instantáneamente recordé la terrible noche pasada en las ruinas en compañía de Raúl. El afirmó que no había ocurrido nada, que todo fue producto de mi imaginación. Y yo le creí. Ahora, no obstante, las palabras de la tabernera despertaban mi inquietud; era una sensación de malestar, un temor hacia algo desconocido, algo que no podía determinar.

—¿Eso es todo? —inquirí tratando de que mi voz mantuviese un acento normal.

—¿Le parece poco? —se escandalizó la obesa matrona—. No es agradable saber que estamos abocados a sufrir una desgracia... Siempre que se han oído esos cánticos, alguien ha muerto en el pueblo.

—¡Tonterías! —exclamé—. Y haces mal en creer esas cosas, Annete.

—Desde que tengo uso de razón, sé que son verdad —se ofendió ella—. Mi madre, mi abuela... Todos creían en ellas. No es por nada, mademoiselle, pero usted descende del conde De Havilland, aquél que pasó a degüello a los pobres monjes... Y no quiero inquietarla, pero nunca está de más tomar algunas precauciones...

Me dieron ganas de decirle que si era verdad todo aquello, de nada me iban a valer las precauciones contra unos espectros vengativos.

Oprimí el acelerador, orientando el coche hacia la casa donde vivía el anciano abogado Duclos. En el pueblo, muy pequeño, no existían las distancias, de modo que apenas si habían pasado un par de minutos cuando ya estaba frente el edificio que me interesaba.

Cogí el sobre que me entregase mi madre y me apeé del coche. Cuando iba a oprimir el timbre, me di cuenta de que la puerta no estaba cerrada, hecho nada extraño porque el viejo abogado sabía de sobra que no existía en el pueblo nadie capaz de meterse en su casa de rondón con ánimo de robo. Todo el mundo le quería.

Empujé la puerta y pasé al interior.

—¡Eh, monsieur Duclos! ¡Soy yo, Louise De Havilland!

Nadie contestó a mis llamadas.

Bueno, cabía en lo posible que el dueño de la casa hubiera salido. De todos modos, conocía el camino hacia su despacho. Iría allí y le dejaría la carta sobre la mesa.

Atravesé la pequeña salita y empujé la puerta de su despacho. E inmediatamente me hice atrás, sin poder reprimir el grito de espanto que brotó de mi garganta.

Sentado detrás de la mesa, con medio cuerpo caído sobre el tablero y la cabeza abatida, distinguí a un monje. No me engañaban mis ojos porque contemplaba perfectamente el pardo hábito, roto y descolorido y la capucha cayéndole sobre el semblante, de forma que me impedía distinguir sus facciones.

Cómo llegué hasta la puerta de salida, no lo sé. Lo único que recuerdo es que iba gritando con todas mis fuerzas. Lo que ocurrió fue que de las casas vecinas comenzaron a aparecer hombres y mujeres y que el primero que llegó a mi lado fue Honoré, el gendarme del pueblo. Gracias a él que me sujetó por la cintura, no me desplomé, porque tal era mi terror que las piernas se negaban a sostenerme.

—¿Qué le ocurre, mademoiselle Louise?

Me vi rodeada por un círculo de rostros expectantes.

—Ahí dentro... en el despacho de monsieur Duclos...

—Sí, la entendemos ¿qué pasa en el despacho de monsieur

Duclos?

—Que hay... hay... un fraile... como muerto...

—¡«Sacre»! —estalló el gendarme— ¿Qué dice usted, mademoiselle?

—Eso... Un fraile... caído sobre la mesa...

A todo esto habían acudido el tabernero y su mujer y llegaron tan oportunamente que pudieron escuchar mis últimas palabras.

—¡Se lo dije, mademoiselle, se lo dije! —gritó la oronda tabernera.

—¿Qué es lo que le dijiste estúpida? —barbotó el tabernero—. ¡Alguna necesidad de las tuyas, «nom de un chien».

—Está bien —dictaminó Honoré, el gendarme—, pasemos a ver qué hay de eso, mademoiselle. No tenga miedo... Todos entraremos...

Entraban todos porque a nadie le gustaba hacerlo solo. Y era que el que más y el que menos, estaba recordando la siniestra leyenda del monasterio destruido y el degüello que mi antepasado hizo en las personas de los frailes...

Por lo que pudiera pasar, Honoré había sacado su pistola, aunque de poco le iba a servir si de lo que se trataba era de enfrentarse a un ser de ultratumba. Y que él lo sabía, lo evidenciaba el temblor de la mano que empuñaba el arma.

—Vamos —decidió Valery, el tabernero—. Usted, como autoridad, pase el primero, Honoré.

Maldita la gracia que le hizo al gendarme el honor que el otro le hacía. Pero como le resultaba imposible negarse, hizo de tripas corazón y se colocó al frente de la comitiva de vecinas. Un poco más atrás, temblando, caminaba yo, abarcada mi cintura por el fuerte brazo de madame Valery.

Llegamos al despacho y allí, tal y como yo había dicho, estaba la inmóvil figura del fraile.

Oí exclamaciones y detrás de mí un apresurado rumor de pasos que corrían hacia la puerta de salida. Otros, por el contrario, aguantaron.

El gendarme, con la mano temblándole todavía más, se aproximó a la figura inmóvil. Detrás, lo hizo el tabernero Valery quien demostró un valor insospechado. Tres o cuatro hombres, después de vacilar, los siguieron, aunque se oía perfectamente el entrechocar de sus dientes.

—¿Quién es usted? —interpeló Honoré, con voz muy firme—. ¿Dónde está monsieur Duclos?

No hubo ninguna respuesta, ni la inquietante figura se movió ni un centímetro.

Fue el tabernero quien resolvió la situación. Impulsado por ei

miedo decidió abreviar el misterio; agarró la capucha del fraile y, de un tirón, dejó la cabeza al descubierto. Si un rayo hubiera caído en medio del despacho, no hubiera causado mayor impresión. Yo sentía cómo la cabeza me daba vueltas porque, al igual que todos, había reconocido la cara del anciano abogado Duclos. Un semblante cuyo aspecto espantoso nos hizo retroceder, aunque un suspiro de alivio escapó de todas las gargantas al comprobar que no teníamos que enfrentarnos a un espectro.

Los ojos de Duclos nos miraban con terrible fijeza, sin parpadear. La boca parecía hacernos una mueca burlona y su piel ofrecía un tinte violáceo...

El gendarme se inclinó sobre él, lo estuvo examinando y después se encaró con nosotros, secándose el sudor que bañaba su frente.

—Está muerto —anunció con voz ronca—. Lo han estrangulado con una cuerda muy fuerte... Aún pueden verse las marcas en la garganta... Es mejor que no toquemos nada hasta que yo avise a la Prefectura de Policía, en Vannes...

A nadie se le ocurrió preguntarse en aquel momento quién y por qué motivos había podido asesinar a un hombre tan bueno como el abogado Duclos, que gozaba de la estima general. Todos sentíamos la imperiosa necesidad de abandonar el despacho. Sólo cuando estábamos en la calle, al tabernero Valery se le ocurrió efectuar la pregunta que bullía en la mente de todos.

—Pero ¿por qué matarlo y vestirlo con un sayal frailuno?

Yo no ignoraba que la noticia se iba a correr como reguero de pólvora por toda la comarca. Monsieur Duclos era un hombre muy conocido y no había campesino que no le debiera algún favor.

Quien lo hubiera hecho había pretendido rodear el asesinato de un halo de terror. El criminal forzosamente tenía que ser alguien perteneciente a la comarca; sabía perfectamente el terror que los aldeanos sentían por la leyenda del monasterio en ruinas. De ahí, no se me ocurría otra explicación, el macabro detalle de vestir al desdichado abogado dentro del hábito de un monje. Un hábito roto, descolorido, exactamente igual al que llevaban los espectros del monasterio...

Yo no tenía nada que hacer en el pueblo. Por tanto, fui hacia el deportivo y emprendí el regreso al castillo.

Ya en la carretera, en un momento dado, me asaltó un recuerdo y detuve el automóvil junto al arcén. En el asiento contiguo había depositado la carta que me dio mi padre para entregársela al desdichado monsieur Duclos. Aquella carta tan importante que escribiera mi padrastro... Sin una sola vacilación abrí el sobre y

saqué una única hoja de papel.

Una hoja de papel en blanco, sin una sola línea escrita...

* * *

Ya sabía quién había asesinado al anciano abogado.

El mismo criminal me lo estaba diciendo con aquella hoja de papel en blanco. No existía ningún mensaje para monsieur Duclos. Mi padrastro me envió en la seguridad de que lo iba a encontrar muerto. Quería que yo lo viese y la carta, la falsa carta, fue un pretexto y nada más.

El conde Jean De Havilland mató al desdichado Duclos y tuvo interés en que fuera yo quien descubriera su cadáver.

Pero ¿por qué?

¿Por qué?

Era inútil buscar una explicación lógica.

Puse nuevamente en marcha el automóvil, guiando mecánicamente en dirección al castillo. No tenía ni la menor idea de lo que allí pudiera esperarme. Y fue entonces cuando recordé a Raúl. Era preciso, absolutamente preciso verlo, hablar con él, revelarnos nuestros mutuos secretos porque la situación había llegado ya a un punto desesperado.

Al primero que vi, al detener el deportivo frente a la gran puerta de entrada, fue el chófer Paul.

—Paul. ¿Ha visto usted a monsieur Destriex?

—No, mademoiselle Louise... No lo he visto en toda la mañana. La señora condesa me ha ordenado que lo busque, porque según tengo entendido, el señor conde deseaba hablar con él... Llamaron en su dormitorio y como nadie contestaba, pasaron... Monsieur Destriex no estaba allí... La cama estaba hecha, así que no ha pasado la noche en su habitación. Por otra parte, su coche está en el garaje y no falta ningún vehículo, de modo que es evidente que no ha ido al pueblo... Y hay algo todavía más extraño, mademoiselle... El jardinero Pierre también ha desaparecido.. Total, que ahora mismo voy a ir al pueblo para avisar a la Gendarmería... La señora condesa está muy alarmada...

Las últimas palabras casi no las oí, porque le dejé con ellas en la boca, penetrando apresuradamente en la mansión. Después de lo sucedido en el pueblo, yo estaba segura de que algo terrible le había ocurrido a Raúl. Quería ver su habitación, examinarla, a fin de comprobar si existía alguna pista, aunque fuera muy pequeña, que explicase su desaparición.

Comenzaba a subir la gran escalera cuando tropecé con mi madre que efectuaba lo contrario, viniendo del piso superior. No

sé qué expresión reflejaría mi cara, pero el caso fue que ella me miró con la alarma reflejada en su semblante.

—¡Louise! ¿Qué te ocurre? Estás lívida...

—Nada, mamá. Por favor, déjame seguir.

En lugar de hacer lo que le pedía, me agarró de un brazo, deteniendo mi subida.

—Un momento. A ti, te pasa algo y quiero saber qué es.

—¡Déjame!

De un tirón me solté de su presión y continué subiendo, sin volver la cabeza atrás. Llegué al piso superior y fui hacia la habitación que había ocupado Raúl. Tal y como el chófer Paul me había dicho, todo estaba en orden, la cama hecha, lo que revelaba que no había pasado la noche en aquel sitio. De repente mis ojos se posaron en un punto determinado; el cenicero sobre la mesilla de noche. Estaba materialmente lleno de restos de cigarrillos. Tome uno y comprobé la marca: «Camel». En el castillo nadie la fumaba, era Raúl el único. Así, pues, él pasó parte de la noche en el dormitorio. Después debió salir para ir ¿dónde? Pero ¿había salido él o se lo habían llevado por la fuerza?

Salí de la habitación para encaminarme a mi cuarto. La última posibilidad me había hecho pensar en el único sitio del castillo donde podría encontrarse Raúl, caso de que se hubiera utilizado la violencia en su contra. Yo estaba totalmente segura de que todo era obra de mi padrastro, aunque ignoraba los motivos para que, de pronto, se hubiera decidido a llevar a la práctica una serie de hechos tan delictivos como el asesinato del pobre monsieur Duclos y el rapto de Raúl. La lógica me decía que ambos hechos estaban íntimamente relacionados.

En mi habitación, busqué en uno de los cajones de la cómoda y saqué un pequeño revólver, un 38. Y esto porque ya estaba completamente segura de que no tenía que enfrentarme con espectros, sino con seres de carne y hueso...

Tenía que encontrar a Raúl.

CAPITULO 9

RAUL DE HAVILLAND REANUDA EL RELATO DE LOS HECHOS

QUIEN había hecho el trabajo, supo lo que hacía.

Cuando conseguí serenarme un tanto, y la situación era muy crítica, examiné la cadena que me sujetaba al muro. No tuve que detener mucho la vista en el candado para comprobar que era lo suficientemente fuerte para desafiar cuantos esfuerzos intentara hacer para romperlo. Aparte que, aunque hubiera sido más débil, lo mismo me iba a dar, porque no se podría hacer con las manos desnudas...

Una y otra vez me maldije por mi estupidez. Me tendieron una trampa y yo fui a caer en ella como un necio. Pero la trampa no la planeó el pobre jardinero cuyo cadáver seguía oscilando colgado de la viga. Pierre trató de comunicarme algo muy importante y de ahí su cita. Pero alguien (y sospechaba quién era ese alguien) se había enterado con las consecuencias que más tarde se dieron. Es decir, el asesinato del desgraciado jardinero para sellarle la boca y mi captura, condenándome a la muerte por hambre y sed. No obstante en todo aquello, existía un punto oscuro. El fraile que me llevó a las mazmorras no era ningún espectro era un ser de carne y hueso, convenientemente disfrazado. ¡Es tan fácil colocarse sobre la cara una máscara simulando una calavera! Pero ¿y los otros? Yo pude ver más de veinte monjes... No era posible que el asesino tuviera tal cantidad de cómplices.

No era posible, pero yo los había visto y no cabía engaño. ¿De dónde salieron esos veinte monjes?

Era un problema para el que no encontraba solución. Y cuya explicación, si es que la había, era conveniente dejarla para más tarde. Ahora mi mente se ocupaba en devanarse los sesos pensando una forma de escapar a mi horrible fin.

Pero por más que reflexionaba, no veía ninguna salida. La cadena estaba firmemente sujeta al muro. Por más que tiré con todas mis fuerzas, hasta caer agotado, nada conseguí.

Y a todo esto, el velón se iba agotando y no tardaría mucho tiempo en consumirse del todo, lo que significaba la total oscuridad en la siniestra mazmorra. ¡Qué situación la mía! Encadenado, con un cadáver oscilando delante de mí, y rodeado de instrumentos de tortura. Y cuando llegase la oscuridad, el ambiente se haría todavía más espantoso.

—Te ha llegado la hora, Raúl —murmuré—. Lo que más siento es que le he fallado al pobre Simón y el canalla de su hermano se

estará alegrando de su triunfo.

Le daba vueltas y más vueltas a la cabeza y no entendía nada. ¿Cómo se pudo enterar el maldito conde Jean de quién era yo? ¿Cómo supo de -a cita dada por el jardinero? ¿Y a qué vino toda la comedia montada en la capilla y el disfrazarse de fraile, estaba seguro que había sido él, para finalizar dejándome encadenado en los subterráneos del castillo?

«Sólo se muere una vez" dicen. Pero mi fin iba a ser de lo más espantoso imaginable..

Y la vela se agotaba... se agotaba...

De repente oí rumor de pasos apresurados que venían de la entrada a la caverna. Quizás el asesino había pensado que era mejor matarme rápidamente, enterrar mi cadáver allí mismo y solucionar así el asunto de una vez.

No era el conde; a la ya muy escasa luz del velón pude reconocer, lleno de asombro, la grácil figura de Louise.

La muchacha corrió a mi lado, abrazándome en tanto lloraba hablando entrecortadamente al mismo tiempo. Resultaba difícil entenderla porque sus palabras se mezclaban con los sollozos.

—El... el pobre monsieur Duclos... Lo ha asesinado él... Mi padrastro... Luego tu desaparición... Todo lo temí... He venido a este lugar porque lo sospeché...

De repente se apercibió del ahorcado jardinero y un grito de terror escapó de sus labios, en tanto se estrechaba aún más contra mí.

—Pierre... ¿Por qué, por qué?

—Ya lo explicaré, querida. Ahora... ¿Se te ocurre algo para librarme de esta maldita argolla?

Durante unos minutos pareció a punto de sufrir un ataque de nervios, o de desmayarse. Yo la comprendía perfectamente. Aquel sombrío escenario no era para menos... Pero urgía verme libre porque la vela se estaba apagando y además cabía la posibilidad de que el siniestro criminal decidiera echar un vistazo al subterráneo para gozarse con mis sufrimientos.

—Louise... ¡Busca algo, lo que sea, pero hay que eliminar esta argolla!

Vi como sacaba del bolsillo de su falda un pequeño revólver, un 38.

—Dispara sobre el candado — urgí—, ¡Vamos, dispara!

La detonación retumbo en las bóvedas como un cañonazo, pero el candado saltó y fue cosa de segundos verme libre de la argolla. Me puse en pie, desentumeciendo mis músculos.

Abarqué a la muchacha por la cintura y la hice caminar junto a mí, hacia el pasadizo que conducía a la escalera que daba al piso

superior. No había tiempo que perder, porque el conde Jean ya estaba descubierto y lo que resultaba más urgente era escapar del castillo, antes de que él se apercebiera de nuestra fuga.

De repente, nuestra suerte se quebró.

Ante nuestros ojos despavoridos aparecieron las figuras del conde Jean y su esposa, Mirelle de Saint Cyr. Esta última portaba un candelabro con seis velones que prestaban bastante claridad al recinto. Y fue precisamente su presencia en aquel lugar, junto al malvado criminal que tenía por marido, lo que más impresión me causó.

—Vaya, vaya —saludó burlonamente el conde—. Veo que los pajaritos se disponían a abandonar la jaula. ¡Lástima que haya llegado a tiempo para impedirlo!

Por si me quedaba alguna duda sobre sus intenciones, miré a la pistola «Luger» que empuñaba con pulso firme.

Louise sólo sabía mirar horrorizada a su madre.

—Mamá... Tú...

—Deja a tu madre en paz —dijo el conde Jean—, Ya va siendo hora de que te enteres de que no fui yo quien asesinó a tu padre, sino ella.

—¡Cállate! —chilló Mirelle—. ¡Me prometiste que no le dirías nada a la niña!

—Puede saberlo todo, porque no tendrá ocasión de referírselo a nadie. Bien, Louise, ocurrió que tu madre estaba más que harta de mi hermano... Que en realidad a quien siempre quiso fue a mí... y si se casó con él fue por la ambición de llegar a ser la señora del castillo... y la fortuna de los De Havilland, que todo hay que decirlo. Y como no era cosa de matarlo de un tiro, ella inventó lo de la serpiente... Confieso que cuando me comunicó su idea, me pareció de perlas. De un golpe me apoderaba de la fortuna y de la mujer que le envidiaba a mi hermano Rupert... Así que compré al jardinero Pierre y él fue quien metió la serpiente en la cama de mi hermano.

El jardinero — pensé—, Claro, y después debió arrepentirse de lo que había hecho y por eso cambió de bando, pasándose al de Simón y el viejo abogado. Aquello era lo que pretendió decirme y no pudo hacer porque el conde se apresuró a sellar sus labios.

De todos modos, todo lo que oíamos era espantoso. Sobre todo en la parte que atañía a Mirelle de Saint Cyr. Una mujer muy hermosa, con su aspecto angelical y su porte de reina, pero... ¡Qué interior el de su alma podrida! Allí tenía delante de mí a una persona que había sido capaz hasta de engañar a Simón porque éste cuando me habló de ella la encumbró hasta lo indecible. Y, como ya he dicho en más de una ocasión, estoy seguro de que

estaba enamorado de ella.

Si yo estaba impresionado, hay que imaginar lo que le sucedía a Louise. Enterarse así, de repente, que su madre era una criatura vil y malvada, culpable del asesinato de su marido, era demasiado. A través de las conversaciones con Louise, deduje que la muchacha amaba mucho a su padre... ¡Y ahora se enteraba de que éste había sido asesinado por su madre! No era de extrañar que su tez se hubiera vuelto lívida, que los ojos se le saltaran de las órbitas y que, de no haberla sostenido yo, hubiera caído desplomada sobre el pavimento.

—En cuanto a ti, joven —me miró fijamente el conde—. Apenas te vi. adiviné quién eras. Has cambiado bastante, pero yo soy muy buen fisonomista y no he olvidado al sucio chiquillo que prohió mi hermano Simón y al que estuve a punto de facilitar viaje para el otro mundo. Soy desconfiado por naturaleza ¿sabes? de modo que hice mis averiguaciones y supe que Simón vivía... Viene luego eso de que Duclos precisaba un ayudante... Lo habíais preparado bien, lo reconozco, pero soy perro viejo. Ese viejo canalla de Duclos anduvo entre mis papeles y acabó por encontrar las pruebas que precisaba para demostrar que la fortuna pertenece a Simón... No me quedó más remedio que matarlo. Y para envolver su muerte en el misterio y aterrorizar a los estúpidos campesinos se me ocurrió vestirlo de fraile...

La muerte del abogado era nueva para mí. Fue Louise quien, entre sollozos, exclamó:

—Es cierto... Yo lo vi...

—Claro. Eso es lo que pretendí enviándote con una carta que nada decía a ver al viejo buitre de Duclos... Tú también me estorbas, querida mía, y lo mejor para mí es que te vuelvas loca y que desaparezcas cuanto antes de este castillo... Y a propósito ¿cómo se llama usted, joven? ¿Le dio mi hermano Simón su apellido?

—Me lo dio —repliqué con voz firme—. Soy Raúl De Havilland. Heredero legítimo de las propiedades de la familia, a través de mi padre adoptivo.

—¡Ja, ja! —rió aquel miserable—. Tú no heredarás nada, infeliz. Dime otra cosa ¿qué te pareció el espectáculo que te preparé en la capilla? Viste muchos espectros de fraile ¿verdad? ¡Ja, ja! Con aquella semioscuridad no te diste cuenta, pobre tonto, de que eran imágenes cinematográficas... Y sus voces, cantando el Réquiem, enlatadas en un cassette... Soy muy listo ¿eh? Todas esas necias historias c monjes asesinados, a mí me vinieron muy bien para aterrorizarte... ¡Ja, ja! Como ocurrió la noche de la tormenta.. ¿Quién crees que os estropeó los automóviles? ¿A

quién convenía que fuerais a refugiaros en las ruinas del monasterio? A mí... No me negarás que las proyecciones cinematográficas de los desdichados monjes eran muy efectivas... Sí, pobre necio, desde el primer momento supe quien eras... Desde el mismo día en el que abandonaste París, te estaba esperando...

Bien, todo estaba perfectamente explicado y aclarado. Lo malo era que de nada nos iba a servir ni a Louise, ni a mí, por la sencilla razón de que no íbamos a salir vivos de aquel, siniestro subterráneo.

—Bueno —decidió el conde apuntándonos con su «Luger—, Hemos llegado al final de la obra... Tenéis un par de minutos para rezar, si os agrada, un Réquiem de difuntos...

Jamás he odiado a ser humano como le aborrecía a él. No era un hombre; era un monstruo de maldad.

—¡No, Jean! —irrumpió la voz de Mirelle—, Con él puedes hacer lo que quieras, pero a Louise me prometiste no hacerle el menor daño. Convinimos en que la alejaríamos, enviándola al extranjero... Pero nada más.

—Quisiera complacerte, querida, pero no puedo —replicó fríamente aquel archicriminal—. No puedo exponerme a que tu hija se vaya de la lengua. Únicamente podré dormir sabiendo que ella tiene los labios cerrados para siempre.

Una luz de esperanza iluminó en mi interior. Estaba bien claro que Mirelle, malvada y todo, quería a su hija y no iba a conseguir que fuera asesinada en su presencia.

—¡No, Jean, te digo que no puedes hacerlo!

Mirelle de Saint Cyr se abrazó desesperadamente a su marido, tratando de arrebatarle el arma. El conde, barbotando maldiciones, la empujó con violencia, pero ella no cedía en sus esfuerzos. Creí ver en aquellos instantes la oportunidad que había estado esperando para neutralizar la amenaza del implacable asesino y me iba a lanzar sobre él cuando estalló un disparo y vi cómo Mirelle caía ensangrentada. Todo lo que ocurrió después, fue muy confuso. Oí al conde maldecir y gritar que no había querido hacerlo, me encontré luchando a brazo partido con él y finalmente, en un momento en el que una brutal patada me envió lejos de él, pude ver, aturdido, como Louise se había apoderado de la pistola, caída en el suelo durante la lucha, y disparar contra su padrastro hasta agotar el cargador del arma.

El conde Jean De Havilland se llevó ambas manos al pecho, las retiró manchadas de sangre, las miró con asombro y finalmente cambió la dirección de su mirada sobre Louise. Fue una terrible impresión las que reflejaron sus pupilas, antes de caer desplomado.

Louise estaba a punto de desmayarse; seguramente ni ella misma se dio cuenta de lo que hacía. Obró impulsada por el afán de defenderme... o acaso recordara que tenía frente a ella al asesino de su padre y llevada por el odio y la pasión, lo acribilló a tiros. No lo sé... ni eso importa gran cosa.

No tuve que detenerme mucho en el examen para comprobar que tanto el conde Jean como su esposa Mirelle, estaban muertos. La primera, asesinada por su propio marido. Este, víctima muy posiblemente, del afán vengador de su hijastra.

Abarqué con el brazo el talle de Louise y la apreté contra mí, besando suavemente sus cabellos.

—Todo ha terminado, querida... Todo ha terminado...

* * *

Estábamos los tres juntos: Simón De Havilland, mi padre adoptivo, Louise y yo.

—Con los documentos que obraban en poder de nuestro pobre amigo Duclos y que se encontraron escondidos, en su casa, más aquéllos que tú localizaste, Raúl, en la biblioteca del castillo, los Tribunales no han dudado en reparar la injusticia que se cometió conmigo hace años, mediante falsificación —explicó Simón—. De modo que entro en posesión de todos los bienes de mi familia . Tan sólo por un tiempo, porque pienso que no me quedan muchos años de vida. Así que en realidad los nuevos propietarios de la fortuna sois vosotros... El Conde y la condesa De Havilland porque supongo que no tardaréis mucho tiempo en casaros...

—Supones bien Simón —asentí—, Pero te olvidas de algo. Aunque ausente, queda todavía ese tal François que según vosotros es tan canalla como lo fue su padre.

—No queda —denegó Simón—. No hace mucho que recibí el informe de que había muerto en Inglaterra, durante la reyerta de borrachos. Queridos míos, no hay ni una sola nube que oscurezca vuestra felicidad. La tragedia ha terminado... Y mi hermano Jean fue un miserable hasta el último momento. Muchos son los agravios que tenía contra él, pero el mayor: aquel que jamás podría perdonarle, es el cobarde asesinato de su esposa cuando la pobre trataba de defenderos... ¡Hay que ser un monstruo para matar a una criatura tan divina como lo fue Mirelle de Saint Cyr!

Porque ésta era una mentira convenida entre Louise y yo. No contarle nada a Simón de la parte que aquella criatura tan «divina» había tenido en el asesinato de su propio marido, el primero. Al contrario, inventamos la historia de que el conde Jean disparó sobre-- ella cuando Mirelle trataba de libertarnos de nuestro encierro en las mazmorras del castillo.

Simón continuaba enamorado de ella, por tanto ¿a quién beneficiaría arruinarle una ilusión que había llenado su vida?

F I N